

**Universidad Santo Tomás.**  
Trabajo de investigación para optar por el grado de teólogo.

**Título:**

Aportes de la noción Iglesia en Salida del papa Francisco en *Evangelii Gaudium*, a la  
comprensión de la acción del laico en tiempos de Covid-19

Yufreddy Betancur Tobón

Facultad de Teología, Universidad Santo Tomás

Asesor: PhD. Camilo López Saavedra

Octubre 28 de 2021

## **DEDICATORIA**

Este trabajo de grado lo dedico en primer lugar a Dios, quién es la fuente de la sabiduría e inspiración vital de mi vida, quién me anima constantemente a ser mejor día a día, creciendo en conocimientos, en altura humana y espiritual.

En segundo lugar, a mis padres y mi hermano quienes generosamente han permitido que haga realidad mi sueño vocacional y profesional, quienes no dejan de creer en mí y me animan continuar respondiendo al llamado que me oferta el Señor Jesús; siguiendo sus pasos en el servicio de la Iglesia y de todos mis hermanos en la fe. Ellos son el motor e inspiración de todos mis logros.

Finalmente, a cada una de las personas quienes han sido apoyo emocional y material, para alcanzar mis metas. A todos ellos mi gratitud infinita.

## **AGRADECIMIENTOS**

A cada una de las personas quienes han acompañado mi proceso de formación profesional e integral.

A la Universidad Santo Tomás en la ciudad de Bogotá sede Aquinate, facultad de Teología; por acogerme y darme la oportunidad de recibir con excelencia una adecuada formación de calidad académica, humana y profesional, atendiendo a tantas necesidades sociales, políticas, culturales y religiosas desde sus dimensiones propias.

A mis profesores teólogos que hoy se convierten en grandes amigos e inspiración profesional, en especial al profesor en Teología Ph. Camilo López Saavedra, quien fue mi acompañante y asesor de tesis, quién me anima a continuar creyendo en el cambio de esta sociedad, que no se logra con el deseo, sino con actos concretos que inciden en un cambio personal y profundo de conciencia mental acompañada de la acción pastoral, con el compromiso cristiano de hacer de este mundo y de esta Colombia un lugar más humano y más justo.

Además, mi gratitud infinita al Grupo de oración María Rosa Mística y cada uno(a) de sus integrantes, quienes me han acompañado desinteresadamente con su apoyo económico, fraterno y espiritual. Éste también es un logro no solo mío, sino de cada uno de ellos (as). También al padre Edilberto Torres López, por acogerme en este tiempo de discernimiento vocacional y de trabajo pastoral en la ciudad de Guayaquil, Ecuador. Por creer en mi vocación con miras al sacerdocio Ministerial

Finalmente, a cada uno de mis amigos y demás sacerdotes, que continúan orando para que Dios lleve a feliz termino lo que ha empezado en mí.

## Tabla de contenido

Resumen.....	6
Introducción .....	8
CAPÍTULO I: Contextualización de la noción Pueblo de Dios en la Constitución Dogmática <i>Lumen Gentium</i> .....	109
Una iglesia no piramidal, de camino como Pueblo.....	10
El Pueblo de Dios como categoría nuclear de la Constitución Dogmática <i>Lumen Gentium</i> .....	103
CAPÍTULO II: La Iglesia en Salida en la <i>Evangelii Gaudium</i> del papa Francisco .....	20
"Iglesia en Salida, fundamento para la construcción del reino" .....	255
Iglesia en Salida y Mundo.....	288
Impedimentos del Clericalismo y la propuesta para una Iglesia en Salida, clave de cambio para el paradigma misionero. ....	31
Integración de la noción Pueblo de Dios, dentro de la categoría "Salida".....	33
La iglesia es en "salida" o "No es iglesia" .....	35
CAPÍTULO III: Generalidades, retos y desafíos para una Iglesia en Salida en tiempo de incertidumbre (Covid-19) .....	39
Iglesia en Salida y la familia, manifestación del amor de Dios en tiempos de pandemia y de incertidumbre .....	42
Iglesia en Salida Vs. liquidez espiritual en tiempos de pandemia .....	46
La Iglesia en Salida en tiempos de pandemia y de incertidumbre existencial.....	512

Distorsión eclesiológica y desvíos en la espiritualidad católica, e influencia de nuevas prácticas ideológicas de espiritualidad en tiempos de incertidumbre (pandemia).....	56
El Banquete Eucarístico, desafío de la Iglesia en Salida en tiempo de pandemia y su comunidad de fieles en las redes sociales .....	559
Conclusiones .....	67
Referencias.....	70

## **Resumen**

Con la presente investigación, se pretende identificar los aportes de la categoría Iglesia en Salida, en la encíclica *Evangelii Gaudium* y su incidencia en la misión de los laicos hoy, como miembros del pueblo de Dios y con su corresponsabilidad en el cumplimiento del mandato misionero dado por Jesús.

Esta realidad eclesial exige un conocimiento serio para una reflexión profunda, que permita una evangelización que transforme la vida de cada bautizado que lo comprometa con la misión de la Iglesia: ser favorecido y favorecer a sus hermanos con la oferta de salvación que Dios ofrece a todos sus hijos.

La no conciencia de este compromiso conlleva a que muchos fieles manifiesten actitud de indiferencia y de ausencia en torno a las acciones evangelizadoras que emprenden los pastores, realidad que se ha agudizado en estos tiempos de pandemia Covid-19.

La Iglesia desde sus inicios ha estado en continua salida; sin embargo, la carencia de una evangelización consciente y madura en los laicos ha conducido al uso desmedido y relativo de las redes sociales de la internet (ciberteología), agudizando aún más el personalismo y el individualismo en la vivencia y la transmisión de la fe; aunque estos favorecen a quienes no pueden participar presencialmente por diversos motivos.

Urge la necesidad de respuesta efectiva de los pastores de la Iglesia a un plan de evangelización que penetre en la vida de cada miembro de la Iglesia, haciéndolo protagonista de su salvación y la de sus hermanos.

**Palabras clave:** Pueblo de Dios, Iglesia en salida, laicos, misión, corresponsabilidad, ciberteología, Covid-19.

## **Abstract**

With this research, it is intended to identify the contributions of the Church in departure category, in the encyclical *Evangelii Gaudium* and its impact on the mission of the laity today, as members of the People of God and with their co-responsibility in the fulfillment of the missionary mandate given by Jesus.

This ecclesial reality requires serious knowledge for deep reflection, which allows an evangelization that transforms the life of each baptized person who commits him to the mission of the Church; to be favored and favor his brothers with the offer of salvation that God offers to all his children.

The unawareness of this commitment leads many faithful to manifest an attitude of indifference and absence around the evangelizing actions undertaken by pastors, a reality that has worsened in these times of Covid-19 pandemic.

Since its inception, the Church has been in continuous exit, however, the lack of a conscious and mature evangelization in the laity, has led to the excessive and relative use of social networks on the internet (cybertheology), further exacerbating personalism and individualism in the experience and transmission of the faith; although these favor those who cannot participate in person for various reasons.

There is an urgent need for an effective response on the part of the pastors of the Church to an evangelization plan that penetrates the life of each member of the Church, making it the protagonist of their salvation and that of their brothers.

**Keywords:** People of God, Church on the way out, laity, mission, co-responsibility, cybertheology, covid-19.

## Introducción

El objetivo central de este trabajo de investigación es identificar los aportes de la categoría Iglesia en Salida en la encíclica *Evangelii Gaudium* (EG), del papa Francisco, y su incidencia en cuanto a la acción de los laicos hoy como pueblo de Dios y su corresponsabilidad con el mandato misionero dado por Jesús. Para alcanzarlo, se ha hecho uso del método de la hermenéutica analógica de Mauricio Beuchot, (la tesis se estructura según sus fases), quien a través de las etapas *Subtilitas implicandi* (Cap. I), *Subtilitas explicandi* (Cap. II) y *Subtilitas aplicandi* (Cap III), permite la exploración más allá de la univocidad y la equivocidad de los retos y desafíos que tiene la Iglesia católica en el mundo actual.

A propósito de la hermenéutica analógica (Beuchot M. , 2015) en la introducción de su tratado *Hacia un nuevo modelo de interpretación*, realiza las anotaciones que explican el objetivo de dicha propuesta como herramienta:

Una hermenéutica analógica intenta abrir el campo de validez de interpretaciones cerrando el univocismo, pero también cerrar y poner límites al campo de validez de interpretaciones abierto desmesuradamente por el equivocismo, de modo que puede haber no una única interpretación válida, sino más de una, pero formando un pequeño grupo de interpretaciones válidas, según jerarquía, que puedan ser medidas y controladas con arreglo al texto y al autor. (p.13).

Este método hermenéutico, explicado por el autor en el párrafo anterior, que he empleado de manera transversal en el presente trabajo, me ha permitido evidenciar una Iglesia que está en movimiento en la actualidad, una Iglesia con infinitud de interpretaciones y reinterpretaciones desde el quehacer teológico, apoyándose en las fuentes de la revelación: Magisterio, Tradición y Sagrada Escritura, para comprender su actuar en cuanto a la praxis permanente de estar en salida. No obstante, se evidencia que, a la Iglesia, aunque aún le cuesta abandonar paradigmas antiguos que hoy persisten y que la han anquilosado o anclado en el tiempo, en muchos casos esto le ha imposibilitado entrar en sintonía con las nuevas formas de comprensión de la fe de los creyentes.

Por tanto, es indispensable dar lugar a una reinterpretación de la Iglesia a partir de la ciberteología válida, que surge como oportunidad, en cuanto que el Internet y los medios de comunicación masivos hablando de las redes, influyen y mueven gran parte de la realidad humana y hacen parte inevitable de la existencia del hombre actual, descubriendo en ello también el paso de Dios en medio de un mundo cada día más cambiante. Para ello, es necesario estructurar



estrategias innovadoras en el orden de las herramientas propuestas en la ciberteología que se ocupen de crear ambientes propicios de diálogo, sin discriminación alguna en referencia a la comprensión evolutiva de las expresiones de fe en la sociedad humana.

En tiempos de Covid-19, se debe permitir que la reflexión teológica desarrolle vías reflexivas válidas que interpelen a la acción evangelizadora y conduzcan a la Iglesia a estar en salida, en este tiempo de gracia y espacio de oportunidad que exige el empleo de la tecnología al servicio de los procesos evangelizadores y la continuidad del anuncio de la Buena Nueva en el mundo, en medio de una realidad desesperanzadora y de incertidumbre para la humanidad.

Finalmente, no pretendo con ello decir de manera intransigente con esta reflexión qué debiese ser la Iglesia hoy, porque ella es en sí misma; solo intento desarrollar acercamientos reflexivos para la acción teológica, aportando para que la Iglesia sea un lugar de encuentro liberador, que camina de la mano del creyente con sus nuevas comprensiones de la fe, pero iluminadas bajo la mano firme del *Fidei depositum*.

## CAPÍTULO I

### **Noción de Pueblo de Dios de la *Lumen Gentium* como fundamento de la perspectiva “Iglesia en Salida”, del papa Francisco en la *Evangelii Gaudium*.**

#### **Contextualización de la noción Pueblo de Dios en la Constitución Dogmática *Lumen Gentium***

Ciertamente, cuando hablamos de la palabra noción, inmediatamente se señala las posibles variables que se pueden comprender a partir de un concepto, que en este caso no está demás señalar que es uno que se ha empleado en la constitución *Lumen Gentium*: Pueblo de Dios, que no responde a mi manera de ver, a partir de los análisis que he desarrollado anteriormente, a un simple concepto, sino que, por el contrario, da un giro importante hermenéutico esencialmente relevante para la Iglesia y su Magisterio, constituyéndose categórico en el compendio eclesiológico y en la voz del papa Francisco.

Comienza la encíclica afirmando, desde las Sagradas Escrituras:

En todo tiempo y en todo pueblo es grato a Dios quien le teme y practica la justicia (cf. *Hch* 10,35). Sin embargo, fue voluntad de Dios el santificar y salvar a los hombres, no aisladamente, sin conexión alguna de unos con otros, sino constituyendo un pueblo, que le confesara en verdad y le sirviera santamente”. (*LG*, n. 9).

Por tanto, esta palabra se constituye en piedra angular para la edificación de su pueblo, comunicándolo desde el inicio a través de la oralidad y puesta posteriormente por escrito, para que las futuras generaciones la conocieran de manera simple y contundente, señalándoles su origen y la dirección a la que este debe apuntar, a partir de la misma experiencia de un Dios que se revela concretamente a una comunidad de creyentes en su tiempo de una vez y para siempre:

Como tú me has enviado al mundo, yo también los he enviado al mundo. Y por ellos me santifico a mí mismo, para que ellos también sean santificados en la verdad. No ruego sólo por éstos, sino también por aquellos que, por medio de su palabra, creerán en mí, para que todos sean uno. Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado. Yo les he dado la gloria que tú me diste, para que sean uno como nosotros somos uno: yo en ellos y tú en mí, para que sean perfectamente uno, y el mundo conozca que tú me has enviado y que los has amado a ellos como me has amado a mí. (cf. *Jn* 17, 20 – 23).

Otra perícopa que podría complementar la anterior tomada de Juan: “He aquí que llegará el tiempo, dice el Señor, y haré un nuevo pacto con la casa de Israel y con la casa de Judá... Pondré mi ley en sus entrañas y la escribiré en sus corazones, y seré Dios para ellos y ellos serán mi pueblo... Todos, desde el pequeño al mayor, me conocerán, dice el Señor” (cf. Jr 31,31-34).

Son muchos los aportes que podemos encontrar en el ámbito eclesiológico en cuanto a la noción Pueblo de Dios. En la Constitución Dogmática *Lumen Gentium*, desde su enfoque para alimentar la vida de la Iglesia y la experiencia cristiana de los fieles laicos, a quienes invita, de manera reiterativa, a desarrollar en ellos mismos el deseo urgente y profundo de corresponsabilidad frente a una conversión que, más que personal, sea de tipo pastoral comunitaria, que sirva para la evangelización de los pueblos.

Del mismo modo, a los fieles laicos de manera reiterativa la *LG* invita a desarrollar una actitud de cambio, que logren, con la gracia que es comunicada por el Espíritu Santo, buscar constantemente responder sin indiferencia, para que, de manera consciente, ante las necesidades y retos actuales por la máxima de una Iglesia en Salida, como lo ha decretado el papa Francisco en su encíclica, atiendan a las necesidades de su misión eclesial.

Tal como se cita además en el documento, ese pacto nuevo, a saber, el Nuevo Testamento en su sangre (cf. *I Co* 11,25), lo estableció Cristo convocando un pueblo de judíos y gentiles, que se unificara no según la carne, sino el Espíritu, y constituyera el nuevo Pueblo de Dios. (*LG*, n. 9).

En síntesis, no es más que un llamado constante que Dios hace a su pueblo por medio de su Iglesia a no desfallecer en el camino de la fe; por el contrario, invita a que los fieles laicos permanezcan con actitud atenta y despierta, para comprometerse a seguir anunciando a la persona de Jesucristo y su Reino, aterrizando dicha realidad y haciendo una lectura del acontecer de Dios y su paso en medio de su pueblo, interpretando, desde la experiencia de la fe, los signos de los tiempos, que, como lugar teológico, se logra observar desde los acontecimientos actuales.

### **Una Iglesia no piramidal, de camino como Pueblo**

Esto se logra a través de la urgente necesidad de una Iglesia accidentada, puesto que el mundo está sediento de beber de esa agua que no se agota -del Evangelio-, como lo dijo la samaritana. Del mismo modo, con un deseo de infundir en los creyentes laicos la necesidad de un cambio de consciencia frente a las necesidades actuales que el mundo posee, el papa Francisco

insiste constantemente, en sus alocuciones, en permanecer en la actitud de una Iglesia que esté en Salida, es decir, en búsqueda del otro y de los otros.

Este pueblo mesiánico, por consiguiente, aunque no incluya a todos los hombres actualmente y con frecuencia parezca una grey pequeña, es, sin embargo, para todo el género humano, un germen segurísimo de unidad, de esperanza y de salvación. Cristo, quien lo instituyó para ser comunión de vida, de caridad y de verdad, se sirve también de él como de instrumento de la redención universal y lo envía a todo el universo como luz del mundo y sal de la tierra (cf. Mt 5,13-16). (LG, n. 9)

Por otra parte, cabe mencionar que la idea más importante que desarrolla este capítulo es el categórico Pueblo de Dios en el Concilio Vaticano II, que logra superar la imagen de una Iglesia que se presentaba ante los fieles de tipo piramidal. Con esta, se rescata la función real de todos, no de manera aislada entre clérigos, religiosos y laicos, sino que todos son importantes para la edificación del cuerpo místico de Cristo. No se podría hablar de comunidad y de unidad como principio, debido a que se atenta contra la misma esencia de la Trinidad y de la cual bebemos.

Dios formó una congregación de quienes, creyendo, ven en Jesús al autor de la salvación y el principio de la unidad y de la paz, y la constituyó Iglesia, a fin de que fuera para todos y cada uno el sacramento visible de esta unidad salutífera. (LG, n. 9).

En concordancia con la anterior citación, se presenta, en el capítulo I sobre el Misterio de la Iglesia en el numeral 1:

Cristo es la luz de los pueblos. Por ello este sacrosanto Sínodo, reunido en el Espíritu Santo, desea ardientemente iluminar a todos los hombres, anunciando el Evangelio a toda criatura (cf. Mc 16,15) con la claridad de Cristo, que resplandece sobre la faz de la Iglesia. Y porque la Iglesia es en Cristo como un sacramento, o sea signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano, ella se propone presentar a sus fieles y a todo el mundo con mayor precisión su naturaleza y su misión universal, abundando en la doctrina de los concilios precedentes. Las condiciones de nuestra época hacen más urgente este deber de la Iglesia, a saber, el que todos los hombres, que hoy están más íntimamente unidos por múltiples vínculos sociales técnicos y culturales, consigan también la plena unidad en Cristo.

Ahora bien, frente a la noción que se nos puede presentar en la constitución *Lumen Gentium* podemos decir que convergen infinitos significados a partir de la apreciación que se presenta en dicho apartado sobre el Pueblo de Dios, y cabe indagar qué tendrá que ver esto con una nueva forma de repensar el papel no solo de la Iglesia, entendiéndose por jerarquía sacerdotal ordenada,

sino también aquellos que han sido insertos por el sacramento del bautismo. Cabe mencionar que él tiene todo un trasfondo teológico, del cual Francisco, durante su pontificado, continúa insistiendo que no se puede sustituir o pasar por alto el papel fundamental que cada vocación cristiana desempeña en la consolidación de este cuerpo místico tan fragmentado o fracturado que aún anda en búsqueda de reconstruirse.

Sin duda, no podemos pasar por alto el testamento espiritual de Pablo, donde señalaba en sus exhortaciones a los corintios cuando él impartía su cátedra ante este pueblo: “Ese pacto nuevo, a saber, el Nuevo Testamento en su sangre (cf. 1 Co 11,25), lo estableció Cristo convocando un pueblo de judíos y gentiles que se unificara, no según la carne, sino en el Espíritu, y constituyera el nuevo Pueblo de Dios” (*LG, n. 9*).

Considerando lo anterior, según lo que creemos conocer acerca del papel de los fieles laicos, la Iglesia Católica es movida por el Espíritu para que retome su sentido inicial dándole continuidad, para lo cual ha sido consolidada como vientre materno del cristianismo católico, no para que se malentienda lo que se dirá a continuación: una Iglesia que espera a que se acerquen a sus muros antiguos y corroídos por el tiempo, sino, por el contrario, el deseo de aquella que, como madre, va en búsqueda de los que han prescindido de ella y, quizás, aquellos que han perdido el valor de lo que significó y significa en nuestro tiempo.

### **El Pueblo de Dios como categoría nuclear de la Constitución Dogmática *Lumen Gentium***

La *Lumen Gentium* comprende la noción Pueblo de Dios no como concepto, sino como un categórico, sin perder de vista su fundamento en las Sagradas Escrituras, pues lo atestigua desde sus orígenes. Se trata, en definitiva, de un concepto que está enraizado en la teología de la elección, y que en definitiva su alcance solo aplica para el Pueblo de Israel. Ante dicho antecedente, Israel es el único Pueblo que se consolida según las escrituras como Pueblo suyo. Escogido entre las demás naciones.

Por tanto, la categoría Pueblo de Dios es presentada como fundamento en la constitución *Lumen Gentium*, la cual dista de llegar a consolidarse como un simple concepto; por el contrario, reafirma que la Iglesia ha sido prefigurada desde antes de la creación del mundo y preparada para que se perpetuara en la historia de la humanidad, de la misma manera como ha sido escogido el Pueblo de Israel.

Del mismo modo, esta prefiguración se comprende en el sentido más amplio como un designio de la gratuidad de amor que Dios tiene por el hombre, llamándolo a una comunión que encierra tanto lo humano, como lo divino. Por tanto, la historia de salvación comporta, en su horizonte más amplio, una dimensión con carácter colectiva que lo constituye; es decir, en últimas la Iglesia, que es cabeza visible del querer de Dios por los hombres, se constituye como misterio de comunión para toda la humanidad.

Así como al pueblo de Israel, según la carne, peregrinando por el desierto, se le designa ya como Iglesia (cf. *2 Esd* 13,1; *Nm* 20,4; *Dt* 23,1 ss), así el nuevo Israel, que caminando en el tiempo presente busca la ciudad futura y perenne (cf. *Hb* 13,14), también es designado como Iglesia de Cristo (cf. *Mt* 16,18), porque fue Él quien la adquirió con su sangre (cf. *Hch* 20,28), la llenó de su Espíritu y la dotó de los medios apropiados de unión visible y social. (*LG*, n. 9).

Merece la pena subrayar que, hasta el momento, se ha visto las notas características y las implicaciones de la categoría Pueblo de Dios y el tratamiento que ésta recibió en *Lumen Gentium*. Como conclusión, podría mencionarse dos características principales que es necesario resaltar en el horizonte de esta investigación:

En primer lugar, la referencia que la categoría Pueblo de Dios hace a la historicidad como lugar de la revelación de Dios y de su voluntad de salvar congregando a la humanidad en pueblo.

En segundo lugar, en este horizonte de reflexión, la comprensión que tiene el concilio de la universalidad-catolicidad de dicho pueblo: no ya identificada en los límites de la institucionalidad positiva de la Iglesia, sino como anuncio salvífico ofrecido a todos y todas realizado, ya en germen, en el ser pueblo, comunidad abierta.

Entonces, hasta este punto, ¿cuál es la semejanza que existe entre la noción de la *Lumen Gentium* con su categórico Pueblo de Dios con la noción del papa Francisco y su perspectiva Iglesia en Salida? Ante dicha afirmación, formulada como pregunta, se podría decir que desde los parámetros establecidos y celebrados para el Concilio Vaticano II (1965), dicha constitución demarcará un derrotero a tener en cuenta para el conocimiento del pontífice, pues abandonar el sentido de una Iglesia fraccionada y, quizás en muchos casos, demarcada por una línea netamente de forma institucional, se reafirma que el alcance, no solo de dicha apreciación un poco cerrada y encasillada, busca abandonar dicha concepción no tan cristiana que atenta contra la unidad de la comunidad, sino que al emplearse el sentido de universalidad y de catolicidad se abre a nuevas

fronteras, nuevos retos propuestos desde antiguo con el evento Cristo y su evangelio vivido desde el hoy proclamado en la Iglesia y perpetuado en el tiempo.

En este orden de ideas, citando las palabras de (Pié-Ninot, 2006) refiriéndose al Concilio Vaticano II, afirma:

En efecto, Juan XXIII, anunciando las finalidades de su pontificado, usó el paso del Nuevo Testamento en el cual Juan Bautista se compromete a enderezar las vías para que el pueblo de Dios pueda ver el Señor (cf. Mt 3,3; Jn 1,23). Uno de los filones centrales de su acción consistió en el «aggiornamento», una palabra típica de su vocabulario que ha entrado sin traducción en el lenguaje universal. Con este vocablo, el papa Roncalli indicaba la necesidad de que los cristianos y la Iglesia en su conjunto aceptasen confrontarse con el Evangelio vivido hoy. (p. 268).

Por lo tanto, esta novedad impulsada por el pontífice implicará novedad *ad intra* de la Iglesia, entendida inicialmente como una especie de reforma, en realidad significa disponibilidad y una nueva actitud de búsqueda, respondiendo a los signos de los tiempos, procurando que el misterio de la revelación camine de la mano con el mundo contemporáneo. Esto marcará un derrotero para el concilio con la búsqueda de la renovación del cristianismo y la necesidad de una Iglesia que testimonie el evangelio desde fuera; es decir, actitud de salida, como el papa Francisco la visualiza hoy a través de la praxis, que comprometa a la jerarquía y a todo bautizado.

Por lo tanto, en relación con el pensamiento del teólogo, reclama abiertamente el lugar que los fieles laicos ocupan dentro del cuerpo místico de Cristo y su misión se equipara en sentido corresponsal al igual que la de los preladados, como miembros del pueblo de Dios.

En tal sentido, el teólogo (Codina V. , 2013) analiza el legado dejado por el Concilio Vaticano II tras 50 años en el momento de su reflexión este conmemoraba, quien adelantó sus estudios doctorales en Roma durante su celebración; además, de haber tenido la fortuna de asistir a una de las secciones conciliares. En su cuaderno de *Cristianisme i Justicia*, escribe sus impresiones sobre aquel acontecimiento y su posterior aplicación:

El Vaticano II, en la línea de los deseos expresados por Juan XXIII en su discurso inaugural el 11 de octubre de 1962, representa el paso de un modelo de iglesia piramidal, desigual, clerical y unida al Estado a una iglesia que regresaba a las fuentes de la fe, respondía a los signos de los tiempos, afrontaba el diálogo con el mundo moderno y con la cultura, redescubría la dimensión comunitaria y abordaba el tema del ecumenismo y el compromiso con los pobres, entre otros. Involución eclesial.

Por lo tanto, según este teólogo latinoamericano, desentraña la necesidad de una Iglesia que regrese a las fuentes con el C.V. II, pero que haga frente a los signos de los tiempos y responda a las necesidades de un mundo cada día más caótico, con una seria necesidad de luz, esta es la que puede irradiar la Iglesia en representación de cada uno de los agentes pastorales que la conforman. De esta manera, se sigue promoviendo de manera prudente no caer en un espíritu involutivo, sino en ese Espíritu Divino, quien es el autor y el motor, para que la Iglesia continúe su ser en el mundo impulsando a cada uno de sus miembros a responder a su misión inicial y permanente.

En este mismo sentido, Yves Congar expresa la necesidad y la urgencia de prestar atención al Concilio Vaticano II, que servirá de timón para reestructurar instancias a las que no se había prestado atención en los anteriores concilios. Dicho interés ha influenciado *ad intra* de la Iglesia cambios considerables en muchas estancias de la misma, la necesidad de redescubrir en ella el lugar que cada uno de los miembros ocupan y en el mismo grado de dignidad que los jerarcas el reclamar parte de herencia, de tal modo que cada uno de ellos están unidos a su cabeza -Cristo-, al hacer parte de la multiforme diversidad de estilos y de dones que enriquecen al mundo siendo sal y luz para las naciones. Según el autor, los fieles laicos han sido minusvalorados y en actitud pasiva, no activa, dentro de la misión que ejerce la Iglesia.

Es interesante la observación del teólogo Congar (1954):

El papel del laico podrá verse como defensa de la libertad eclesiástica, pero no con una misión propia respecto a la salvación (la condición laical y las tareas seculares no tienen un sentido intrínseco, como tales, en la misión eclesial). Como mucho, se hablará de una misión «indirecta» o «segunda» de los laicos, respecto a la misión evangelizadora de la Jerarquía. Implícitamente esto supone una identificación de la Iglesia con lo eclesiástico y una tendencia a enjuiciar el mundo moderno como algo globalmente negativo. Éste es precisamente el ambiente en que Congar comienza su reflexión sobre el laicado. (p.79).

Por tanto, (Pellitero, La identidad de los cristianos laicos a la luz del Concilio Vaticano II, 2015) en su texto sobre las contribuciones que el teólogo había hecho sobre la teología del laicado, dice que su planteamiento pretendía ir más a la raíz de la misma vocación y misión de los laicos, en torno al núcleo teológico de las relaciones Iglesia - Mundo - Reino. (p. 480).

Además, como enseña la constitución *LG* en cuanto a dicho categórico “Iglesia en Salida”, conducirá a los creyentes a reflexionar la acción misma de todos los bautizados y de los demás hombres y mujeres, que no están por fuera del anuncio salvífico, pues a estos también se les ha destinado a que conozcan el mensaje salvífico a través de la misión misma de la Iglesia, que no es



más que estar en permanente misión evangelizadora a diferencia de la primera comunidad constituida como Pueblo de Israel, “la escogida como esposa”.

Ya en el Nuevo Testamento, se puede observar la expresión de un Nuevo Pueblo abierto incluso a otros pueblos considerados como paganos desde antiguo, pues estos no habían sido escogidos por el Dios de Abraham, Isaac y Jacob, con el evento mesiánico, donde a partir de este acontecimiento en la historia del Pueblo rompe con el anterior paradigma el cual se actualiza, tomando un nuevo giro de 180 grados.

A través de la experiencia vivida con Jesús y sus discípulos, es presentada ante toda la humanidad, una nueva propuesta: la persona de Jesucristo, quien es el fundamento del Evangelio, Palabra del Padre, cuya misión no es más que comunicar a todos su voluntad, mostrándose como un Jesús en salida, en palabras del papa Francisco. Necesitamos encarnar los sentimientos de Jesús, quien, primereando el deseo íntimo trinitario, ponernos en camino para ir búsqueda de aquellos que aún no dan el paso a estar en actitud de encuentro o, traducido en otras palabras por el Pontífice, una Iglesia que esté en salida, pues dicha noción del Pueblo de Dios traza, para los creyentes del ayer y del ahora, un itinerario pastoral e incluso de tipo ecuménico.

El papa Francisco, al asumir el pontificado, supo que no era afianzado como una figura poderosa dentro del culmen de la jerarquía, se dio cuenta de que es servidor y que su misión como pastor de la Iglesia universal consiste en dar continuidad a lo que otros en su momento estuvieron y lo precedieron en dicha tarea. Encomendarse a la oración del Pueblo de Dios es un gesto de humildad, lo que demuestra también su deseo de mantenerse en actitud de corresponsabilidad de unidad que existe dentro del cuerpo místico de Cristo, y cuya función es mantener la comunión eclesial en medio de las vicisitudes actuales y tribulaciones por las que el mundo está pasando.

Pellitero (2015) concluye, a partir de Congar:

Si toda la Iglesia es «sacramento» (signo e instrumento de salvación) para el mundo, el laico lo va a ser desde el interior de las realidades temporales. (p. 486). En segundo lugar, considera (Pellitero, La identidad de los cristianos laicos a la luz del Concilio Vaticano II, 2015), prestando atención a la teología para el laicado en Congar, que él ve a la Iglesia organizada de una manera que no se reduce a la estructura jerárquica, sino que es la que se reflejará en la *Lumen Gentium*: en el interior del Pueblo de Dios (es decir, de los fieles cristianos) se sitúan la Jerarquía, el laicado y la vida religiosa. (p. 486).

Asimismo, (Dianich, 1988) plantea:

Con un profundo y afortunado sentido de la unidad que amalgama en una única tensión de vida la contemplación y la acción, a la escucha de la Palabra y a la escucha del hombre, el

documento del episcopado italiano eucaristía, *comunione e comunità* afirma que la eucaristía es la acción misionera por excelencia. Ante dicha afirmación es importante destacar que existe una unidad esencial en la Iglesia entre su misión en el mundo y la celebración de la eucaristía, con dicha representación sacramental, la Iglesia y sus miembros hablando de manera tripartita, espera comunicar al mundo y a los hombres el sacrificio del Padre en su Hijo, para ofertar a todos la salvación. (p. 52)

En efecto, se considera que hoy presenciamos un fenómeno que comporta en sí mismo un giro hermenéutico, lo que conlleva a abrirse a una nueva interpretación en el lenguaje del Papa Francisco en cuanto el Pueblo se comprende como Iglesia en Salida, y demanda, a su vez, que cada uno de los fieles laicos cristianos continúe en apertura a la escucha atenta de las mociones del Espíritu Santo, que logren mover a los miembros de la Iglesia llamados desde sus vocaciones particulares, como los laicos, sacerdotes y religiosas, a responder con generosidad ante dicha urgencia de asumir con corresponsabilidad la misión de la Iglesia, que está en manos de quienes se les confía, para continuar con la labor evangelizadora, ante todo, de la búsqueda de la unidad y la comunión con los demás en Cristo Jesús.

En síntesis, se ha citado mucho una palabra que el Papa utiliza constantemente en su encíclica y es de suma importancia definirla; primerear es una palabra nueva, que el papa Francisco utiliza en *Evangelii Gaudium* con el significado de ‘tomar la iniciativa’, ‘adelantarse’, en la tarea evangelizadora y de apostolado que a todos nos toca desempeñar en el mundo actual, siguiendo el estilo del amor de Dios que toma la iniciativa en la obra de la salvación: a esto está convocado todo el Pueblo de Dios de la cual nos explica la *Lumen Gentium*.

Hay otras fuentes que pueden llevar a la comprensión de este categórico. Una de ellas es Ratzinger: “El Concilio marca la transición de una actitud conservadora a una actitud misional y la oposición conciliar al conservadurismo no se llama “progresismo”, sino “espíritu misional”. En esta antítesis radica, en el fondo, el sentido exacto de lo que significa y no significa “apertura al mundo” (1972, p. 332-333). También está Severino Dianich, quien en su expresión «eclesiología dinámica», subraya:

La reflexión teológica sobre la misión de la Iglesia debe ocupar un lugar central en el corazón de la eclesiología y no ser un mero apéndice de la misma. La pregunta sobre la misión, ¿qué hace la Iglesia?, se transforma, por ello, en una pregunta acerca de identidad de la Iglesia. Se ha dicho con razón que la eclesiología de inspiración trinitaria de *Lumen Gentium* es misionera hasta los tuétanos. Por tanto, concluye el teólogo que todo lo que hace la Iglesia se deriva de una especie de nueva unión hipostática, por la cual Dios se

habría encarnado en ella, haciendo de ella sola y de su misión sola la presencia única y exclusiva de Dios en la historia, a cuyo poder debería ceder paso cualquier otra fuerza humana. (1988, p. 265).

En definitiva, una Iglesia en Salida se convertirá en la respuesta de convocar al compromiso permanente de todos, no solo quienes celebramos la vida sacramental y la vivencia de la comunidad en nuestros templos, sino aquellos que se lanzan a las aguas turbulentas como Pedro en búsqueda del maestro, en especial de aquellos que aún no le conocen o que conociéndolo no le siguen. A propósito sobre esta concepción sacramental de la Iglesia, Karl Ranher, en su libro *Para una teología del Símbolo* (1965), ejemplifica su interpretación de manera amplia en las relaciones que existen entre la Iglesia y el mundo, en la que expresa que la Iglesia como comunidad, a través de las virtudes teologales (fe, esperanza y caridad), logra hacer presente para el mundo el misterio de la revelación escatológica y la autocomunicación de Dios en la persona de su Hijo Jesucristo, por lo que en dicha autocomunicación tiene lugar en la Iglesia un carácter histórico. Añade el teólogo alemán: “La concepción sacramental de la Iglesia se presenta, así como una manifestación de aquella ontología el símbolo esencial para la cual todas las cosas son y significan, de tal forma que puede hablarse de sacramento mucho más allá del mero espacio semántico eclesiástico”. (Ranher, 1965, p. 283-321).

A manera de conclusión, la noción de Iglesia en Salida tiene que permear la realidad evangelizadora del Pueblo de Dios que peregrina en este mundo llevando su mensaje salvífico y de acogida a la humanidad, sin tener distinción por su credo, su pueblo, su raza o su nación. En consecuencia, los discípulos, quienes conformamos esta comunidad eclesial, estamos llamados a primerear el Evangelio y a transmitir la experiencia que el Señor tomó con su iniciativa de amor primereándose, viniendo a nuestro encuentro; es decir, con la particularidad de estar en salida.

## CAPÍTULO II

### La Iglesia en Salida en la *Evangelii Gaudium* del papa Francisco

En cada una de las exhortaciones del papa Francisco emitidas durante su pontificado se evidencia la gran necesidad de unidad eclesial ante el mundo, en medio de las diferencias, entendiéndose, por estas, carismas y ministerios propios que se han recibido dentro de la Iglesia para ponerse al servicio de los hermanos; en particular, la preferencia en especial atención hacia los más pobres y necesitados.

De acuerdo con lo anterior, al preguntarse por el sentido real que posee el cristiano laico como parte del Pueblo de Dios, es necesario reconocerse parte de Él, con Él y por Él, quien es cabeza visible del amor derramado por el Padre en el Hijo, que se expresa de manera visible en las mociones suscitadas por la acción del Santo Espíritu en la comunidad de fieles, animándolos con nuevos aires *Ad Intra* de la Iglesia; para continuar, con heroísmo, la tarea evangelizadora de Jesús haciéndola realidad en el mundo, en el que la praxis evangélica del laicado cumple un papel fundamental en la espiritualidad, que lo impulsa a estar en disposición de salida, colaborando con la misión de la Iglesia. La palabra de Dios, como instrumento de salvación y pilar fundamental en la vida de todo creyente, sirve de instrumento eficaz en el ejercicio de todo ministerio, que procura como objetivo la construcción real del cuerpo Místico de Cristo Señor nuestro.

En este sentido la iglesia, en la Constitución Dogmática *Lumen Gentium*, recuerda:

“En ese cuerpo, la vida de Cristo se comunica a los creyentes, quienes están unidos a Cristo paciente y glorioso por los sacramentos, de un modo arcano, pero real. Por el bautismo, en efecto, nos configuramos en Cristo: «Porque también todos nosotros hemos sido bautizados en un solo Espíritu» (1 Co 12,13), ya que en este sagrado rito se representa y realiza el consorcio con la muerte y resurrección de Cristo: «Con Él fuimos sepultados por el bautismo para participar de su muerte; más, si hemos sido injertados en Él por la semejanza de su muerte, también lo seremos por la de su resurrección» (Rm 6,4-5). Participando realmente del Cuerpo del Señor en la fracción del pan eucarístico, somos elevados a una comunión con Él y entre nosotros. «Porque el pan es uno, somos muchos un solo cuerpo, pues todos participamos de ese único pan» (1 Co 10,17). Así todos nosotros nos convertimos en miembros de ese Cuerpo (cf. 1 Co 12,27) «y cada uno es miembro del otro» (Rm 12,5). Por tal motivo, los ministerios laicales circundan de manera transversal la misma vida eclesial, enriqueciéndola con su diversidad de carismas (LG, n. 7).

Todo ministerio inspirado por el Espíritu Santo en la comunidad eclesial debe estar sujeto a la justa consideración de la Iglesia, puesto que es ella de quien emana toda riqueza sacramental, toda enseñanza de la sana doctrina, junto con las sagradas Escrituras, la Tradición y el Magisterio. Los ministerios, por tanto, se convierten en fundamento para la vida eclesial, fuente eficaz de la

riqueza viva que se derrama en gracias y bendición, siendo la sangre vital de todo cristiano, para que a todos los miembros llegue tal vitalidad.

Bajo esta mirada introspectiva de la realidad actual de la Iglesia católica en el mundo, urge la necesidad de que cada laico ejerza con humildad su ministerio del cual ha sido revestido por la sangre del Cordero, que, como regalo del Espíritu Santo en la Iglesia, se traduzca en servicio, en disposición corresponsal con su misión que no es más que la de estar en actitud de salida, logrando llegar a otros por medio de la praxis evangélica como acto permanente al servicio de la evangelización de la que la Iglesia nos participa.

En suma, el magisterio del papa Francisco, con la exhortación apostólica *Evangelii Gaudium*, desvela grandes retos de la Iglesia, en la que presta suma atención a la vocación y la misión a la que debe corresponder todo fiel laico católico, bajo la particularidad de pensarse la misma pero desde el mundo como escenario de salvación, pues es el lugar por excelencia donde Dios se ha manifestado desde antiguo y en la actualidad, sigue su misión, autocomunicando su voluntad a través de los miembros de su Iglesia. Por tanto, todo el pueblo de Dios debe desarrollar conscientemente la obligación de continuar con el legado de nuestro salvador Jesucristo de estar en actitud de “salida”, quien, saliendo de su augusto cielo, se encarnó y fue en búsqueda de los más olvidados y necesitados de su tiempo, pero, para ello se requiere de una renovación no solo de tipo vocacional sino de tipo eclesiológico, donde el fiel laico se comprenda y se integre en la Iglesia mediante su reflexión, viéndolo ya no más desde fuera, sino comprendiéndolo desde dentro, como los demás lugares teológicos hasta el momento abordados por la reflexión teológica en la eclesiología, y se entienda, a partir de esta, como el tiempo de los fieles laicos en la misión, la edificación y la construcción del Reino de Dios, comprendiéndose además como parte vital en la constitución del cuerpo místico de Cristo.

Para comprender el pensamiento del papa Francisco es necesario observar las perspectivas con las que el Concilio Vaticano II desarrolló cada uno de los documentos que se documentan allí; por lo tanto, dichas enseñanzas abordan en el pontificado de Francisco cuestiones propias que atañen a la ministerialidad, en este caso laical. Su exhortación (*EG*) sobre el anuncio del Evangelio en el mundo actual fue escrita en noviembre de 2013; este documento se convierte para todo bautizado en su brújula, que orienta a la manera de vivir el ser cristiano desde lo cotidiano.

En ocasión a la celebración de la memoria del papa San Juan Pablo II, el presidente del Consejo Pontificio para los laicos en Roma, el cardenal Stanislaw R., recordando los 50 años del

Decreto *Apostolicam Actuositatem*, promulgado el 18 de noviembre de 1965, recordaba que el Concilio Vaticano II posó su mirada con el deseo de reflexionar sobre la vocación y la misión de los fieles laicos, teniendo en consideración dos de las constituciones conciliares: la *Gaudium et Spes* y la *Lumen Gentium*, de los que el papa Francisco valora la tarea de los fieles y les recuerda su misión, desde una nueva visión de conjunto del Pueblo de Dios, al cual también pertenecen en conjunto los miembros del orden sagrado, los religiosos, quienes participan, cada uno según su modo, desde la función sacerdotal, profética y real de Cristo mismo.

Cabe decir, además, que la noción Pueblo de Dios, que se desarrolla dentro de la constitución dogmática *Lumen Gentium* del Concilio Vaticano II, se actualiza con una nueva comprensión que hace de esta, utilizando la expresión “santo pueblo fiel de Dios” (Scannone, 2014), como se documenta en su publicación, que el papa Francisco reconoce la importancia de la fe popular como uno de los pilares fundamentales de los creyentes, así como no desconoce el papel de los laicos en la Iglesia Católica, encontrando en dicha riqueza un inmenso aporte que se ha de tener en cuenta para una “nueva evangelización”, es decir, una Iglesia con el lema y la acción de estar en permanente salida.

Además, es interesante encontrar que después de haber recibido la misión como papa Francisco se dirige no a los súbditos, sino a los hermanos en Cristo, quienes orarán por él para que el Señor lleve a feliz término su misión, mostrándose un papa humilde, cosa que ha reñido por siglos con un clericalismo que solo lograba obstaculizar y fragmentar de manera piramidal la viña del Señor.

Cuando se analiza este fenómeno que corresponde al estudio que se desarrolla dentro una teología del laicado desde la cual se expone este como tema de discusión eclesiológico, se observa cómo el pueblo de Dios es consagrado por medio de la elección, lo que sobreentiende que ninguno puede ser excluido, de tal modo, que quienes han recibido el don del bautismo y sumergidos en el misterio salvífico participan de la condición de hijos del Padre por, con y en Cristo, lo que sitúa a todos los fieles al mismo nivel de igualdad y dignidad en su cuerpo místico.

Así pues, con esta realidad concreta de los miembros de la Iglesia se evidencia la necesidad de ahondar más en una eclesiología de la comunión, atendiendo a las enseñanzas emitidas por el Concilio Vaticano II.

Por lo tanto, todos los fieles laicos están llamados, desde su propia vocación, a responder al llamado que se les hace en participar en la misión salvífica de la Iglesia. No obstante, participar no significa un cambio sinonímico por cooperar en la tarea que es propia de los prelados, porque se descubren a sí mismos como iglesia; según (Río, 2017), “los fieles laicos son la Iglesia en la entraña del mundo” (2015, 428 pp.). De tal modo, como dice Pilar, el estar llamados los laicos a santificarse y ejercer su misión cristiana «desde dentro» del mundo (en la sociedad civil), no tiene significado meramente sociológico, sino que debe vivirse y explicarse teológicamente como expresión del lugar que ocupa, en la misión de la Iglesia, la dinámica originaria de las realidades temporales tal como han sido asumidas por Cristo (2017, p. 230).

Así mismo, según el papa Francisco lo escribía, haciendo referencia al Concilio, la Iglesia no debe mirar a los fieles laicos como si fueran miembros de segunda clase, al servicio de la jerarquía, simples borregos que se tuvieron en cuenta para que acataran órdenes y obedecieran desde la cúpula, sino que en virtud, como discípulos de Cristo insertos por el bautismo a su servicio, respondiendo a las necesidades propias del mundo e insertos en el mismo, están llamados a estar presentes en toda la actividad y relación humana correspondiendo según el espíritu del Evangelio (LG, n. 31)

A propósito de las disposiciones contenidas en el decreto *Apostolicam Actuositatem* (VI, *Decreto Apostolicam Actuositatem*, 1965), “sobre la naturaleza de la vocación”, recuerda textualmente sobre la participación de los fieles laicos en la misión de la Iglesia que “toda la actividad del Cuerpo Místico, dirigida a este fin, se llama apostolado, que ejerce la Iglesia por todos sus miembros y de diversas maneras; porque la vocación cristiana, por su misma naturaleza, es también vocación al apostolado” (n. 2).

Por tanto, el anuncio del Evangelio no hace responsables a unos y a otros no, por escudarse bajo la excusa de que para esto existen y se necesitan profesionales para la misión, lo que deja de responsabilizar únicamente a los clérigos y religiosos. Pareciera ser que la gran mayoría de todos los fieles laicos huyen a la ministerialidad para no ser corresponsales con el anuncio del Evangelio y cerrarse al llamado de una Iglesia en salida. De acuerdo con el artículo de Reporters (Reporters, 2015), resalta que Francisco señala: “Y esta salida -especifica el Papa- hay que entenderla como quien emprende el camino siguiendo a Cristo encuentra vida en abundancia, poniéndose del todo a disposición de Dios y de su reino”. Al respecto, el Santo Padre recuerda que la raíz profunda de

todo esto es el amor. En efecto, “la vocación cristiana es, sobre todo, una llamada de amor que atrae y que se refiere a algo más allá de uno mismo, descentra a la persona”.

El reclamo constante que debe interpelarnos como agentes y destinatarios de este *Fidei Depositum* ha de generar en todo creyente o fiel laico un anhelo profundo de servicio que no solo atienda a las necesidades temporales terrenas, sino también que se cristalice en una necesidad continua de un apostolado que, al mismo tiempo, se esfuerce por el anuncio del Evangelio a tiempo y a destiempo, desde el lugar de misión y el tipo de vocación en el que esté cada miembro de la Iglesia, procurando siempre buscar la santificación de todos los seres humanos.

Hasta este punto, es notable la preocupación del papa Francisco no siendo ajeno a tal realidad que apremia; subraya la importancia de la formación de los fieles laicos, porque todo *Depositum Fidei* ha de ser nuevamente entendido y asimilado desde la realidad misma. En un discurso a la primera Asamblea Plenaria del Dicasterio para Laicos (16-XI-2019), Familia y Vida, reunida para tratar sobre “la formación de los laicos para reforzar su identidad y su misión en el mundo”, el papa Francisco ha señalado la importancia de sentir desde el corazón de la Iglesia, entre otras actitudes de fondo.

Recurriendo a lo que el Sumo Pontífice escribe, en la tarea de formar a los fieles laicos, observó algo que ya había subrayado Juan Pablo II: “Vuestra tarea no es principalmente crear iniciativas que miran a meter laicos en estructuras y programas eclesiales, sino hacer crecer en su conciencia de ser testigos de Cristo en la vida privada y en la sociedad; diría casi ‘signos visibles’ de la presencia de Cristo en cada ambiente”. (Pellitero, Formación de los laicos, desde el corazón de la Iglesia, 2019)

Suma el Pontífice: “la base para hacer esto es el bautismo. Y, por tanto, apunta que es preciso “ayudar a tantos discípulos de Cristo a vivir la vida ordinaria en conformidad a la gracia bautismal que han recibido. Hay tantos fieles laicos en el mundo que, viviendo con humildad y sinceridad su fe, son grandes luces para quien vive junto a ellos”. (Pellitero, Formación de los laicos, desde el corazón de la Iglesia, 2019)

En últimas, Francisco invita a no perder de vista el amplio panorama que se presenta para los fieles laicos, de todas las categorías sociales y de todas las regiones del mundo, que ayudará mucho a pensar de modo creativo y realista en esa tarea formativa. Es una tarea que tiene como finalidad ayudar a los bautizados “a vivir con alegría, convicción y fidelidad la pertenencia a Cristo, siendo discípulos misioneros, protagonistas en la promoción de la vida, en la defensa de la



recta razón, de la justicia, de la paz y de la libertad, al favorecer la sana convivencia entre los pueblos y culturas”. (Pellitero, Formación de los laicos, desde el corazón de la Iglesia, 2019)

### **“Iglesia en Salida, fundamento para la construcción del reino”**

En su encíclica *Evangelii Gaudium*, el papa Francisco se dirige a todo el Pueblo de Dios, con la intención de recordarle que todo bautizado está invitado a vivir con determinación la alegría del Evangelio, con un tinte preferencial en su misión propia, dirigiendo la atención especialmente a los más necesitados, a aquellos que no le importa a la sociedad pues no son objeto importante, porque han dejado de ser productivos para tal. Dice, además, que quien se ha abierto al amor inigualable que Dios sabe entregar no se puede contener solo para sí, sino que este debe estar abierto al encuentro con la persona de Jesús, que se desvela en los rostros de los olvidados.

En cuanto a la encíclica, (Francisco p. , 2013) pone como ejemplo a la persona del papa San Juan Pablo II cuando nos invitó a reconocer: «Es necesario mantener viva la solicitud por el anuncio» a los que están alejados de Cristo, «porque ésta es la tarea primordial de la Iglesia». La actividad misionera «representa aún, hoy día, el mayor desafío para la Iglesia» y «la causa misionera debe ser la primera». (n. 15)

¿Qué sucedería si nos tomáramos realmente en serio esas palabras? Simplemente reconoceríamos que la salida misionera es el paradigma de toda obra de la Iglesia. En esta línea, (Francisco p. , 2013) los obispos latinoamericanos afirmaron que ya «no podemos quedarnos tranquilos en espera pasiva en nuestros templos» y que hace falta pasar «de una pastoral de mera conservación a una pastoral decididamente misionera». (n. 15)

Por tanto, esta tarea sigue siendo la fuente de las mayores alegrías para la Iglesia: «Habría más gozo en el cielo por un solo pecador que se convierta, que por noventa y nueve justos que no necesitan convertirse.» (Lc 15,7). (n. 15), Por tanto, una vez más manifiesta la necesidad de una Iglesia en Salida misionera abandonando la tranquilidad de los templos que esperan a sus fieles de manera pasiva.

En suma, Iglesia en Salida es uno de los conceptos más importantes que se citan dentro de la encíclica *EG*, puesto que denota un itinerario que ha salido de la norma magisterial y toma una nueva forma reformada en las palabras del Pontífice, intentado, con su ejemplo, iluminar el camino a seguir en la barca de Pedro.

De acuerdo con el numeral 120 de la *EG*, el fundamento para la reconstrucción del ideal para que se ponga en praxis una Iglesia en Salida radica en el encuentro personal con la persona de Jesús, quien es capaz de cambiar la vida de todo cristiano convirtiéndolo en testigo y discípulo misionero. Como fruto de dicho acontecimiento transformador, el fiel laico, gracias a la acción del Espíritu Santo, le suscita la necesidad de la adhesión a su mensaje, creando en el fiel laico el deseo del anuncio liberador del cual es partícipe y busca contagiar de esta alegría del Evangelio con cuantos se topen en su camino. Por tanto, esta actitud lo habilita como instrumento de Dios, quien es el autor primordial de toda evangelización y de deseo de salida, de ir a las periferias humanas, abandonando la propia comodidad e indiferencia, para salir del egoísmo, abriéndose al prójimo, asumiendo sus realidades apremiantes, incluyendo a esos que viven al margen de toda experiencia de Dios. Para resumir, (Francisco P. , Encíclica *Lumen Fidei*, 2013) en la encíclica *Lumen Fidei* se alude: “La transmisión de las verdades de la fe y de sus exigencias éticas necesita la experiencia de vidas cristianas normales y felices, que puedan testimoniar la cercanía de Dios y la potencia de su gracia” (n. 38).

A menudo, encontramos en la misma vida de la Iglesia personas que con decisión han abrazado con su propia vida el ser de Jesús con el deseo permanecer junto a él y seguirle; en otras palabras, este es el estilo más sencillo de unidad al que todos los bautizados debemos aspirar: es cuestión de buscar la santidad personal en medio de una experiencia netamente comunitaria, sin prescindir en momento alguno de la vida eclesial.

Silva (Silva, 2001), hablando sobre Juan Pablo II, dedujo que, en las épocas históricas del cristianismo, los santos han sido los mayores evangelizadores. Además, dijo que ciertamente algunos de ellos son reconocidos porque han sido canonizados por la Iglesia y otros, en cambio, han estado ocultos ante los ojos de los demás, pero siempre fueron instrumentos de gracia ante los ojos de Dios. Todos ellos, al igual que los reconocidos (Francisco p. , 2013), son también santos, quienes, testificando con su fe y su propia vida, han sido testigos en medio de la cotidianidad; viviendo en familia, trabajando como cualquier persona, respondiendo a sus obligaciones laborales, muchos incluso solo fueron a las escuelas, otros estuvieron en la universidad, pero siempre donándose al servicio desmedido por los más pobres. (n. 201).

En suma, para que la misión del cristiano laico y la apuesta de una Iglesia en Salida sean eficaces depende de la identificación personal con Cristo, con la ayuda del alimento de la oración y la recepción asidua de los sacramentos. Son, pues, muchos elementos fundamentales que

constituyen la misma vivencia de la experiencia de fe, que se dinamiza en los ministerios. La palabra ministerio proviene del latín *ministrare*, que quiere decir “servicio”. “El Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir a los demás” (Mt 20, 28).

Bajo esta perspectiva, la Iglesia, como institución humana, no habla para sí misma, sino que busca anunciar a Cristo, saliendo al encuentro de los demás fieles. Es necesaria una Iglesia cada día más humana, sin que pierda de vista su carácter de unidad, que busque la manera de consolidar el cuerpo místico de Cristo, sin fragmentarla y dejando de lado la indiferencia, pues ha sido contaminada por meras aspiraciones del mundo, olvidándose de su verdadera misión.

Vale la pena recordar las palabras del papa Francisco en la encíclica *Evangelii Gaudium* (Francisco p. , 2013):

“Salgamos, salgamos a ofrecer a todos la vida de Jesucristo. Repito aquí para toda la Iglesia lo que muchas veces he dicho a los sacerdotes y laicos de Buenos Aires: prefiero una iglesia accidentada, herida y manchada por salir a la calle, antes que una enferma por el encierro y la comodidad de aferrarse a las propias seguridades. No quiero una Iglesia preocupada por ser el centro y que termine clausurada en una maraña de obsesiones y procedimientos. Si algo debe inquietarnos santamente y preocupar nuestra conciencia, es que tantos hermanos nuestros vivan sin la fuerza, la luz y el consuelo de la amistad con Jesucristo, sin una comunidad de fe que los contenga, sin un horizonte de sentido y de vida”. (n. 49)

En cuanto al concepto Iglesia en Salida, inspirado por el Papa, responde a una actitud del alma y del corazón, que vincula a todos los miembros del pueblo de Dios. Por otra parte, para que exista esta necesidad de una Iglesia en Salida enfocada en su misión real, según el vicario de Cristo, (Francisco p. , 2013) considera que “los fieles laicos son simplemente la inmensa mayoría del Pueblo de Dios. A su servicio está la minoría de los ministros ordenados. Han crecido la conciencia de la identidad y la misión del laico en la Iglesia” (n. 102).

Por tanto, como afirma el Pontífice, los fieles laicos conforman la gran mayoría de los miembros del Pueblo de Dios. Esto no quiere decir que responde a una categoría de tipo sociológico, sino que intenta revalorar la enorme posibilidad en todos los campos de acción, en los que se potencia la acción evangelizadora y misionera de cada laico en el lugar donde esté.

A lo mejor, se puede deducir que los fieles laicos pueden evangelizar en aquellos ambientes de la sociedad (la economía, la política, la ciencia, el arte, etc.) donde los clérigos, lógicamente, no suelen llegar. Por el contrario, (Francisco P. , Encíclica *Lumen Fidei*, 2013) se expresa: “Los

ministros ordenados podemos y debemos convertirnos en servidores del sacerdocio común de los fieles”. (LG, n. 18)

El Papa expone aquí la relación fundamental entre el sacerdocio común de los fieles y el sacerdocio ministerial, que se ordenan el uno al otro, según el Concilio Vaticano II en la constitución Dogmática *Lumen Gentium*. En otras palabras, los sacerdotes no se ordenan para sí mismos, sino para servir a los demás a través del ministerio pastoral. (n. 10b).

### ***Iglesia en Salida y Mundo***

Una vez celebrado el Concilio Vaticano II, se define la vocación, la misión y acción de los fieles laicos en la iglesia y su acción en el mundo, que ha teniendo como carta de navegación la Exhortación Apostólica (Christifideles Laici, 1988), que hará hincapié en el bautismo como fundamento vital para la vida del cristiano atribuyéndole su condición natural de índole secular.

Según el *Lumen Gentium* (VI, Constitución Dogmática Lumen Gentium, 1964): “Con el nombre de laicos se designan aquí todos los fieles cristianos, a excepción de los miembros del orden sagrado y los del estado religioso aprobado por la Iglesia. Es decir, los fieles que, en cuanto incorporados a Cristo por el bautismo, integrados al Pueblo de Dios y hechos partícipes, a su modo, de la función sacerdotal, profética y real de Cristo, ejercen en la Iglesia y en el mundo la misión de todo el pueblo cristiano en la parte que a ellos corresponde”. (LG, n. 31)

De acuerdo con lo que se afirma anteriormente, se puede decir, con otras palabras, que del sacramento del bautismo brota una radical igualdad de todos los fieles *ad intra* y *ad extra* en la Iglesia. Por tanto, como se expresa (Ocáriz, 2016) en el artículo *La partecipazione dei laici nella missione della Chiesa*: “Los fieles laicos, en concreto, están llamados a contribuir, desde su propia condición, a la única misión de toda la Iglesia”. (p 116-117). Se considera que, gracias al bautismo que se ha recibido, todos los fieles laicos deben ser conscientes de que participan de la función profética, sacerdotal y real de Cristo de la iglesia.

Por otra parte, la eclesiología abordada por el Concilio desarrolla la identidad de los fieles laicos en el modo específico que ocupan y comportan *ad intra* de la Iglesia y su responsabilidad de asumir el reto, al igual que ella, de estar en salida. Dicha participación no significa una distribución o asignación de tareas; por ejemplo, el mundo debe ser atendido por los laicos y la Iglesia debe ser atendida de manera especial por los sacerdotes y el testimonio encargado a los religiosos. Esto no es realmente a lo que se refiere el Concilio, como si existiera únicamente una

sola organización lineal, en la que pareciera que se resiste a abandonar el sentido piramidal y su protagonismo por encima de los laicos. Por el contrario, la participación debe ser de manera integral por todos los bautizados, claro está, cada uno según su modo propio.

En tal sentido, los fieles laicos, junto a los consagrados atendiendo a cada uno de sus ministerios en particular, deben asumir en conjunto toda la misión de la Iglesia en el mundo. Como expresa (Reporters, 2015) sobre lo que cita del papa Francisco en su artículo, “la Iglesia es misionera por naturaleza, la vocación cristiana nace necesariamente dentro de una experiencia de misión”. Y sin algún tipo de exclusividad, ni interponer protagonismo, los fieles laicos, desde su condición propia, deben buscar la santidad desde las realidades temporales y sin prescindir de las enseñanzas de la iglesia.

Bajo estas circunstancias, la posición que ocupa el fiel laico en el mundo no es consecuencia, no responde a una mera defensa de tipo sociológica, sino que responde a un carácter de tipo eclesiológico, pues el mundo se convierte para sí en un “lugar teológico” para los fieles laicos, el medio en el que se realiza su propia vocación y su misión, en su situación actual. Tal como expresa (Delgado, 2016), “los fieles laicos están llamados a realizar toda la misión evangelizadora de la Iglesia, pero en el mundo”. (p. 117)

Entre tanto, la opinión de Villar al respecto es (Villar, 2015):

“A diferencia de la llamada de Dios al sacerdocio o a la vida consagrada, que viene marcada, respectivamente, por un sacramento de la Iglesia y por el rito de la profesión religiosa, la vocación del fiel laico no supone una nueva inserción en la iglesia como laico, sino que consiste en una toma de conciencia progresiva, con la ayuda de la gracia divina, del proyecto de Dios para la propia existencia”. (p. 587-588)

Pablo VI, en su Motu Proprio *Ministeria Quaedam*, promulgada el 15 agosto de 1972, enfatiza en que “los laicos colaboren, pero que esto no se identifica de manera exclusiva con la corresponsabilidad de los laicos con la misión de la Iglesia es actualizada por el papa Francisco donde instituye e incluye el ministerio del catequista” (PabloVI, 2021). Se distinguen algunos ministerios fundados en el bautismo y la confirmación, que preparan para el servicio de la catequesis, la animación de la plegaria y el canto litúrgico, el servicio de la palabra, de la caridad, entre otros. Así mismo, pueden recibir los ministerios del lectorado y del acolitado. (n. 11)

Atendiendo y dando continuidad al pensamiento de Pablo VI acerca del servicio catequético como ministerio de los fieles laicos y de la tentación de la pereza apostólica, el papa

Francisco (Francisco p. , 2013) escribe: “Cuando más necesitamos un dinamismo misionero que lleve sal y luz al mundo, muchos laicos sienten el temor de que alguien les invite a realizar alguna tarea apostólica, y tratan de escapar de cualquier compromiso que les pueda quitar su tiempo libre”. (EG, n. 81).

Todos estos servicios o ministerios de tipo intraeclesial son necesarios para el buen funcionamiento de cualquier comunidad en la Iglesia, que contribuye sin duda a la misión, con la participación activa de los fieles laicos en los procesos para una nueva evangelización, el deseo de permanecer siempre en salida cara al mundo, aunque conviene decir que estas tareas de servicio *ad intra* de la iglesia no agotan todas las posibilidades de apostolado cristiano en los fieles laicos, sin reducirlo a un simple activismo al beneficio jerárquico. Hasta este punto, es prudente señalar que lo más esencial en descubrir en la vocación de todo fiel laico consiste en la búsqueda de la santificación propia y el deseo de santificar el mundo en el que habitan, desde la perspectiva de una Iglesia en Salida, fiel a las exhortaciones del papa Francisco.

Hay que hacer la salvedad de que son realmente pocas las personas que gastan su vida a estas tareas, en relación con aquellos fieles que en su mayoría no desempeñan servicio en la Iglesia, ni están dispuestos a corresponder a este llamado del deseo compartido por todos los fieles laicos con ella, al estar a disposición de comunicar el mensaje evangélico, que no solo se reduzca a una misión religiosa, sino que, además, incursione en medio de la realidad, que inspire y transforme las realidades sociales de toda la humanidad, por tanto, apremia también no solo atender a un llamado particular en cada diócesis, sino también responder al que, como sacramento universal de salvación, nos compromete e invita a estar dispuestos a la misión global.

Cómo dice Boff, citando al papa Francisco sobre una iglesia en salida: “Estas y otras salidas muestran que la Iglesia no se reduce solamente a una misión religiosa, acantonada en una parte privada de la realidad. Ella posee además una misión político-social en el mejor sentido de la palabra, como fuente de inspiración para las transformaciones necesarias que rescaten a la humanidad para una civilización del amor y de la compasión, que sea menos individualista, materialista, cínica y desprovista de solidaridad”. (Boff, 2015)

***Impedimentos del clericalismo y la propuesta para una Iglesia en Salida, clave de cambio para el paradigma misionero***

Durante los años recientes, de los laicos y su lugar dentro de la Iglesia, con el Concilio Vaticano II, surgen propuestas para instituir una especie de nuevas formas ministeriales laicales en la vida de esta que ayuden en la misión y, aunque cueste abrazar la idea en su totalidad, al parecer aún existe cierto grado de resistencia al cambio. Reflexionando (Boff, 2015) a partir de la Iglesia en Salida de Francisco, señala hacia dónde debe apuntar: “Salida de una Iglesia – autoridad eclesiástica, distanciada de los fieles o incluso de espaldas a ellos, hacia una Iglesia – pastor que anda en medio del pueblo, con olor a oveja y misericordiosa”.

Como efecto de dicho fenómeno de resistencia jerárquica a abrir las puertas de la iglesia y que no sea un sofisma de distracción, sino realidad desde la práctica, se evidencia tangencialmente hoy que falta empeño de “muchos pastores” para hacerlo realidad. Es evidente que pasadas décadas existe hoy una progresiva *clericalización* en los fieles laicos, motivada por el déficit urgente en la pastoral actual, a causa del mal testimonio de algunos sacerdotes, los escándalos, la falta de compromiso con la misión de la iglesia desde los ministros ordenados, la deserción sacerdotal y la falta de vocaciones de jóvenes que aspiren al orden sacerdotal y al compromiso que conlleva, no por búsqueda de estatus, sino viviendo a ejemplo del buen pastor.

Debido a dicho fenómeno que se gesta en las entrañas de la Iglesia, los laicos han tenido que atender y contribuir con su servicio en lugares con ausencia de clérigos y seminaristas misioneros. Por otra parte, la Iglesia se enfrenta a la progresiva descristianización de los pueblos. En efecto, al confiar dichas tareas a los fieles laicos dentro de la estructura eclesial, a causa del fenómeno de escasez de clero, los cristianos laicos asumen estas carencias en algunas regiones del mundo. Desde dichas realidades se comprende, a partir del llamado del papa Francisco, con su lema de una Iglesia cada vez más en salida y comprometida con las necesidades del mundo.

Ante tal dificultad, que es apremiante, celebra la acción, el protagonismo y el compromiso de los fieles laicos en la misión de la Iglesia. Dicho con palabras del pontífice (Francisco p. , 2013), se manifiesta en la encíclica:

“Se cuenta con un numeroso laicado, aunque no suficiente, con arraigado sentido de comunidad y gran fidelidad en el compromiso de la caridad, la catequesis, la celebración de la fe. Pero la toma de conciencia de esta responsabilidad laical que nace del bautismo y de la confirmación no se manifiesta de la misma manera en todas partes. En algunos casos, porque no se formaron para asumir responsabilidades importantes; en otros, por no encontrar espacio en sus iglesias particulares para poder expresarse y actuar, a raíz de un excesivo clericalismo que los mantiene al margen de las decisiones. Si bien se percibe una

mayor participación de muchos en los ministerios laicales, este compromiso no se refleja en la penetración de los valores cristianos en el mundo social, político y económico. Se limita muchas veces a las tareas intraeclesiales sin un compromiso real por la aplicación del Evangelio a la transformación de la sociedad”. (EG, n. 102)

Se interpreta, de estas afirmaciones generales del papa en su encíclica, que existe real compromiso de orden eclesial de los fieles laicos entregando su vida al servicio. Por tanto, esta tarea se convierte en la búsqueda constante por la verdad, la verdad que es Cristo, que ilumina toda realidad humana, con el deseo de construir el reino entre nosotros. Por tanto, la acción pastoral en la misión de iglesia que el fiel laico asume, no se contrapone a la voluntad de Dios y a su deseo de que todos lleguemos a ser uno sin descuidar sus compromisos y relaciones familiares. Esto también se considera también estar en salida. En efecto, (Bosh, 2012) refiere: “Esta tarea no se contrapone a la acción intraeclesial del fiel laico, que es oportuna y, en ocasiones, necesaria. Pero cuando el fiel laico asume alguno de los servicios comunitarios debe ser consciente a la vez que debe prestar atención a su familia, a su trabajo, a sus compromisos sociales, políticos, etc.”. (p. 197-213)

Existen muchos peligros, denunciados por el papa Francisco en la *Evangelii Gaudium* con referente al “clericalismo”, que no solo afecta al clero, sino que, también, contagia a los fieles laicos, lo que él denomina como una especie de “patología pastoral”, que se hace presente y hay que curar cómo herida en la Iglesia.

Podría entenderse por clericalismo la intervención excesiva del clero en la vida de la Iglesia, que impide el ejercicio de los derechos a los demás miembros del pueblo de Dios. En vista de dicha enfermedad, de la cual muchos están contagiados de este mal, el Vicario de Cristo se dirige a los comunicadores (Vaticano, 2014) y les enseña con base en la exhortación apostólica *Evangelii Gaudium*, deteniéndose en la tentación del “clericalismo”:

“Es uno de los males de la Iglesia. Pero es un mal «cómplice», porque a los sacerdotes les agrada la tentación de clericalizar a los laicos; pero muchos laicos, de rodillas, piden ser clericalizados, porque es más cómodo, ¡es más cómodo! ¡Y este es un pecado de ambas partes! Debemos vencer esta tentación. El laico debe ser laico, bautizado, tiene la fuerza que viene de su bautismo”.

Añade, además (Vaticano, 2014), su explicación sobre lo que realmente debe ser un servidor o el laico fiel al servicio de la iglesia y de la construcción del reino: “Servidor”, por tanto, “pero con su vocación laical” y esta “no se negocia”, porque implica identidad. “Muchas veces – prosiguió el Papa– he oído decir en mi tierra a sacerdotes que querían “hacer diáconos” a los laicos.



“Es la propuesta del cura, en seguida: clericalizar”. “Este laico, hagámoslo... ¿Y por qué? ¿Por qué es más importante el diácono, el cura, que el laico? ¡No! ¡Este es el error! Ah, ¿es un buen laico? Que siga así y que crezca así. Porque ahí va la identidad de la pertenencia cristiana, ahí. Para mí, el clericalismo impide el crecimiento del laico. Pero tened presente lo que he dicho, ¿eh? Es una tentación cómplice entre los dos, ¿eh? Porque no habría clericalismo si no hubiera laicos que quisieran ser clericalizados”.

### **Integración de la noción Pueblo de Dios, dentro de la categoría “Salida”**

Ciertamente después de haber reflexionado en el capítulo I, sobre la noción de Pueblo de Dios desde la constitución *Lumen Gentium* del Concilio Vaticano II, es claro que con la persona del nuevo Adán -Jesucristo- se abre el panorama misional, o en otras palabras, una iglesia que se replantea “fuera de sí”; es decir, estar en salida, cuyo propósito sea el anuncio evangélico del cual ha sido depositaria, logrando comunicar su proyecto de salvación, el deseo del Padre por abrir las fronteras de su Palabra, con un alcance a un llamado particular de cada miembro que conforma la comunidad humana, para que entre en comunión consigo, con la ayuda de cada miembro activo y corresponsable bautizado laico, todo agente pastoral que se identifica y comparte el mismo deseo de anunciar a Jesucristo a toda persona.

Recordemos que, en el Pueblo de la elección, que encontramos en las narrativas del Antiguo Testamento, dicha alianza no contemplaba un llamado universalista, sino uno de tipo particular, donde el Dios de Abraham se comprometía con el pueblo de su descendencia y se comprendía que no se trasgrediera la ley, donde ninguno de los miembros de su pueblo elegido rompiera con Él a través del culto a los ídolos y se contaminaran con la religiosidad cáltica de los demás pueblos, que eran considerados como paganos, por no tener su mismo credo monoteísta.

Dios está en misión permanente al ir al encuentro con el Pueblo de su elección, por tanto, salió de sí, de su eternidad, irrumpiendo la realidad del hombre, por medio de sus sacerdotes, profetas y reyes se autocomunicó, haciéndolos portavoces de su mensaje de salvación ante todas las naciones, permaneciendo en salida y en últimas, mediante el misterio de la encarnación de su único hijo Jesucristo hasta nuestros días.

Sin embargo, en efecto, su voluntad ante las demás culturas no era hacerlos hijos aún mediante sus prácticas culturales religiosas – sacrificiales y comunidad teocrática: solo consistía en

que le conocieran los demás, por medio de los anuncios de los patriarcas de los reyes y de sus profetas, quienes fueron instrumentos y mostrando la mano de Dios liberadora.

Por otra parte, no se podía racionalizar la existencia mediática de la posibilidad de apertura que se presentaba como voluntad de Dios, ante el deseo de que el Dios único de un Pueblo elegido con total exclusividad, dentro de los demás, se suscitara la necesidad de un mensaje salvífico que irrumpiera ante las demás naciones. Por tal motivo, junto con el Nuevo Testamento, bajo la primicia de un nuevo deseo del Padre en el Hijo de ir a hacer a todos hijos por medio de la acción del Espíritu -del bautismo- y el deseo de una misión *ad gentes*, el fermento de los que llegarían a formalizar como columnas la Iglesia que conocemos hoy, las primeras comunidades cristianas asumieran el reto de estar en salida, y esto se refiere a la renovación de la Iglesia en cuanto a que asuma con alegría el mandato de la salida a estar en permanente misión.

Suponer qué podría significar una iglesia en salida, se tiene que decir que nace como una propuesta enfocada en una iglesia que se piense desde fuera de sí; es decir, que se disponga a salir de la propia comodidad de atreverse a llegar a todas las periferias que necesitan la luz del Evangelio, lo que, desde el pensamiento de Francisco, asuma “la dinámica del éxodo y del don, del salir de sí, del caminar y sembrar siempre de nuevo, siempre más allá”. (EG, n. 21).

Con otras palabras, se puede citar con base en la exhortación que la praxis de estar en salida requiere de un cierto grado de audacia, donde la Iglesia, junto a sus fieles laicos, debe caminar con humildad, aunque oscurecida en muchos casos por su deseo de comodidad, abandone su *statu quo*, aunque herida o manchada y consciente de su pecado, al salir a la calle abrace a los leprosos de la sociedad actual, abandonando su enfermedad a causa por el mismo encierro y dejándose animar por las mociones del Espíritu; dejando de lado sus propias seguridades, (EG, n. 49).

De acuerdo con el método de estudio en Beuchot, es interesante interpretar, a partir de la explicación que subyace en la noción Iglesia en Salida, señalar la necesidad, según el papa Francisco (Beuchot M. , 2015), de una Iglesia que ame con el querer y el amor de Jesucristo por su Evangelio, con el mismo amor con el que llamó a cada uno de sus discípulos y los confirmó como apóstoles de su mensaje liberador atestiguándolo con la valentía, sin temor a caer en la accidentalidad, porque quien dirige la barca es el Espíritu Santo, quien los sostiene.

Es aceptable, según lo que se interpreta a partir de una Iglesia accidentada en Francisco, por el contrario no romper con el patrón antiguo y continuar viviendo en una madre la Iglesia que esté día a día envejecida y anquilosada, manteniendo cautivo y enjaulando al Espíritu Santo, entre

las barreras existencialistas físicas de la estructura como organización eclesial egoísta y no lo deje actuar en su misión real a la cual ha sido llamado, para acompañar, motivar e incentivar en todo bautizado a salir en búsqueda del otro, a una Iglesia que busque la comunión haciendo uso de su dimensión carismática, abandonando un poco el sentido de “estructura”, como ejemplo de los misioneros de Emaús.

De tal modo, ante la insistencia de una Iglesia en Salida, explica además la necesidad de una conversión pastoral como se cita de la *Evangelii Gaudium* (Francisco p. , 2013);

“Signifique toda una renovación desde el seno de la Iglesia, que tienda a la misión como objetivo, para no caer en el relativismo práctico y pierda su norte, permitiendo el relativismo actual en el que el hombre se sumerge vertiginosamente y se contamine de mundanidad, no sea, por el contrario, lumbrera en medio de tantos vacíos existenciales y oscurecimiento de las realidades humanas”. (n. 27)

### **La iglesia es en “salida” o “No es iglesia”**

Durante la audiencia general del 23 de octubre de 2019, el papa Francisco dirige sus palabras al Pueblo donde, una vez más, de manera enfática, recalca la necesidad de una iglesia no anquilosada en el tiempo, sino una que está en camino en pos, abriendo brechas entre los hombres, respondiendo a los acontecimientos que traen la actualidad histórica y que discerniendo los signos nuevos del tiempo posmoderno en el cual vivimos y nos movemos, la iglesia continúe con el anuncio ante el mundo de la persona viva y real del Cristo resucitado, no solo atestiguando el Cristo de la historia sino, también, aquel que nos conduce y en quien esta cimentada la fe de todo fiel cristiano, a través de su acción, continuando la tarea inaugurada por Jesús el Señor, aquel que siempre está en acto de salido.

Él, una vez más, se consolida como protagonista y autor fundamental en todo proceso evangelizador, siendo la piedra angular para que toda la Iglesia y sus miembros abandonen ese espíritu de pasividad ausente, que desdice de aquellos impulsados por el verdadero Espíritu de Dios, que de manera permanente cada fiel corresponda al llamado de estar en salida e incursione en los ámbitos sociales, culturales, políticos y religiosos, en los que el ser humano está inmerso, y desempeñe con propiedad su ministerio como bautizado en el lugar llamado a dar fruto.

En efecto, Jiménez en su artículo (Jiménez, 2010) *El lugar de la iglesia en el mundo moderno*, señala el hallazgo que durante el pontificado del papa Pío (XI, 1922) la iglesia asume

como modelo la “acción católica”, lo cual trajo consigo un nuevo espíritu de renovación *ad intra* de la misma. Según (Dussel, 1992) influenciado por *Jacques Maritain, Columba Marmion y Emile Mersch*, los católicos comenzaron a soñar con una «Nueva Cristiandad», en que la sociedad podía volver a ser cristiana nuevamente (pp. 179-180).

En este sentido, la apuesta por la búsqueda de esta Nueva Cristiandad no riñe en absoluto con el ser y la misión de la Iglesia de estar en actitud de salida; si faltara esta pieza fundamental en ella, por el contrario, no podría considerarse realmente la Iglesia de Cristo, pues obviaría el mensaje salvífico que está abierto a todos los pueblos, razas y credos, como señala el Decreto *Ad gentes* del Concilio Vaticano II sobre la actividad misionera de la Iglesia como sacramento visible universal de salvación (Ad Gentes, 1965); por tanto, la primicia de estar en salida debe mover el sentir común de todo fiel laico bautizado.

Continuando con este orden de ideas, esta actitud idealista inspiró un despertar en la teología y en la pastoral. Según Parra tal alcance influye en la teología del Cuerpo Místico de Cristo, que fue muy importante para San Alberto Hurtado (Parra, 2009), e inauguró un nuevo modo de comprensión de la iglesia, menos centrado en sí misma como sociedad perfecta, y más cristocéntrica. Entre tanto, para Castellón, según esta teología (Castellón, 1998), Cristo, con su muerte y resurrección no se alejó del mundo, sino que penetró más profundamente en él, convirtiéndose en corazón de la humanidad y fermento de la historia; el cristiano, entonces, estaba llamado a participar en la misma vida de Cristo, ser un miembro de Él comprometido con la suerte del mundo. (p. 25)

Desde la vocación cristiana, cada bautizado debe redescubrirse y ser corresponsal con los deberes que se comunican desde el mismo momento de la recepción del sacramento, comprometiendo la vida por entero del que se inicia en la fe de la Iglesia. Por tanto, cada laico es depositario de la gracia por hacerse miembro de la comunidad cristiana, participando de manera activa, consciente y no pasiva en la obra salvífica y misionera de la iglesia. Pablo (VI, Decreto *Apostolicam Actuositatem*, 1965), en el decreto *Apostolicam Actuositatem*, enseña:

Esta vida de unión íntima con Cristo en la iglesia se nutre de auxilios espirituales, que son comunes a todos los fieles, sobre todo por la participación activa en la Sagrada Liturgia, de tal forma los han de utilizar los fieles que, mientras cumplen debidamente las obligaciones del mundo en las circunstancias ordinarias de la vida, no separen la unión con Cristo de las actividades de su vida, sino que han de crecer en ella cumpliendo su deber según la voluntad de Dios. (n. 4).

Del mismo modo, con la participación y la ayuda de toda la comunidad eclesial, fieles laicos, religiosos y prelados, reunidos en asamblea como pueblo de Dios, reavivando su vida espiritual en comunión, celebrando la vida sacramental de la Iglesia como sociedad y como misterio de salvación, todos son instruidos por medio de la Palabra de Dios y nutridos con la liturgia eucarística (Cena del Señor), que es fuente, centro y culmen de la vida cristiana, y asistidos con el auxilio del Paráclito. Así se continúa actualizando el Misterio Pascual (vida, pasión, muerte y resurrección) con el testimonio de vida de los miembros de Cristo, ante el mundo, comunicando a los demás el misterio salvífico del amor del Padre por su pueblo, haciendo de cada uno de ellos testigos y depositarios de su mensaje liberador, de manera efectiva y contundente, develando su voluntad ante todos los hombres y mujeres destinatarios por elección. Como se cita en el Decreto *Apostolicam Actuositatem*, de Pablo (VI, Decreto *Apostolicam Actuositatem*, 1965): pues los laicos de verdadero espíritu apostólico, a la manera de aquellos hombres y mujeres que ayudaban a Pablo en el Evangelio (Cf. Act., 18,18-26; Rm., 16,3), suplen lo que falta a sus hermanos y reaniman el espíritu tanto de los pastores como del resto del pueblo fiel (Cf. 1 Cor 16,17-18). (n. 10)

Por tanto, la comunidad eclesial debe velar y atender las necesidades de cada ser humano, en medio de tanta confusión particular en su ambiente inmediato. Debe repensarse desde cada persona en particular y, a su vez, en su visión y misión global, y no cese de ser la voz de Dios ante una sociedad que ya no está aislada geográficamente sino sea entendida, en la actualidad, como un todo, lo que nos deja entrever que el ser humano es igual a ser miembro de una sola aldea global, es decir un solo Pueblo de Dios llamado a la construcción de su reino entre nosotros. Por tanto, (Pablo, 1965) la misión de la Iglesia tiende a la santificación de los hombres, que hay que conseguir con la fe en Cristo y con su gracia. El apostolado, pues, de la Iglesia y de todos sus miembros se ordena, ante todo, al mensaje de Cristo, que hay que revelar al mundo con las palabras y con las obras, y a comunicar su gracia. (n. 6)

Por otra parte, retomando el sentido de estar en Salida, el papa Francisco señala durante la audiencia general:

La Iglesia es en salida o no es Iglesia, y está llamada a ser siempre la casa abierta del Padre. De modo que, si alguien quiere seguir una moción del Espíritu y se acerca buscando a Dios, no se encontrará con la frialdad de unas puertas cerradas”. Y finaliza con una súplica: “Pido al Señor que refuerce en nosotros y en todos los cristianos, especialmente en los obispos y

en los presbíteros, el deseo y la responsabilidad por la comunión, el diálogo y el encuentro con todos los hermanos, sin excepción, para manifestar la fecundidad de la iglesia, llamada a ser Madre feliz de muchos hijos. (Francisco, 2019).

En conclusión, la Iglesia es sabia y nos enseña cómo enfrentar las divergencias y buscar “la verdad en la caridad” (Ef. 4,5). Ello nos ayuda a entender lo que expuso Francisco durante la audiencia general del 23 de octubre de 2019, reflexionando en torno a la importancia de la Sinodalidad en la Iglesia: “Es el método eclesial para reflexionar y confrontarse, basado en el diálogo y en el discernimiento a la luz del Espíritu Santo”; con su auxilio, “ayuda a superar las cerrazones y las tensiones, y trabaja en los corazones para que logren la unidad en la verdad y en el bien, para que alcancen la unidad” (López, 2019). Al respecto, solo podría ser efectiva la misión de la Iglesia bajo la búsqueda de la unidad en medio de la diversidad de pensamientos regidos por la razón y la fe diferenciándose la católica de los demás credos existentes y espiritualidades religiosas antiguas en el mundo (religiones).

En contraste con lo anterior, el papa Francisco, en su catequesis, enseña a los fieles presentes en la plaza de San Pedro, según documentó Mutual de manera textual (Mutual, 2019):

El libro de los Hechos revela la naturaleza de la Iglesia, que no es una fortaleza, sino una tienda capaz de ampliar su espacio (cf. Is 54,2) y de dar cabida a todos. La Iglesia o es “en salida” o no es Iglesia, o está en camino, ampliando siempre su espacio para que todos puedan entrar, o no es Iglesia. «Una iglesia con las puertas abiertas», (Francisco p. , 2013) (n. 46), siempre con las puertas abiertas. Cuando veo una iglesita aquí, en esta ciudad, o cuando la veía en la otra diócesis de dónde vengo, con las puertas cerradas, creo que es una mala señal. Las iglesias siempre deben tener las puertas abiertas porque son el símbolo de lo que es una iglesia: siempre abierta. La Iglesia está «llamada a ser siempre la casa abierta del Padre. [...] De ese modo, si alguien quiere seguir una moción del Espíritu y se acerca buscando a Dios, no se encontrará con la frialdad de unas puertas cerradas» (n. 47).

Una vez más, se nota la carga magisterial en las palabras pronunciadas por Francisco, cuando de manera semejante se refiere a la Iglesia como un espacio de “puertas abiertas”, ya lo decía con otras palabras el papa Juan XXIII en su pontificado: “Voy a abrir las ventanas de la Iglesia” (Duarte, 2014).

Más adelante, lo expresa con cada uno de sus viajes Juan Pablo II, conocido como el Papa Peregrino, siempre mostrando actitud de pastor y amor entrañable por sus ovejas, congregándose

con ellas en muchos lugares del mundo, adentrándose en la vida no solo religiosa, sino también social y política de los pueblos, llevándolo a tener una visión periférica de sus situaciones en ese momento, lo que demuestra un pontífice cercano, el rostro de la iglesia de Pedro en actitud constante de salida, rompiendo, a su vez, paradigmas y saliéndose de su *statuo quo*. Demuestra, además, una iglesia en movimiento y bajo ningún modo anquilosada en su momento como cabeza de la Iglesia universal. Por eso fue considerado como el papa de las misiones, pues en su pontificado visitó 129 países. Finalmente, el papa Francisco (López, 2019) dice en la audiencia general: “La Iglesia no es una fortaleza cerrada, sino una tienda de campaña capaz de agrandarse para recibir a todos: es una Iglesia en Salida, una Iglesia con las puertas siempre abiertas”.

### CAPÍTULO III

#### **Generalidades, retos y desafíos para una Iglesia en Salida en tiempo de incertidumbre (Covid-19).**

Se hace alusión al intenso deseo de la Iglesia católica por remediar su ausencia en la vida de los fieles laicos en tiempos de pandemia, que hace ver amenazada la comunidad humana no solo en su esfera espiritual, convirtiéndose en un problema de salud pública global, puesto que ha logrado afectar la existencia humana.

Este fenómeno pandémico ha conllevado a hacer debilitar sus estructuras en muchos lugares del mundo, obligándola a reinventarse en todo su actuar y en su acción misionera en el globo, optando por una nueva forma de estar en salida y de anuncio evangélico, que no solo favorezca el proceso de sacramentalización tan vital en la vida de los creyentes evangelizados católicos sino que, además, se vuelque hacia aquellos que intentan chapucear en su fe como manera de un cumplir tradicional o cultural más que por convicción real de una vida corresponsal que debe comprometer a cada creyente.

No obstante, como tarea fundamental, la Iglesia católica es consciente del descuido de los fieles laicos y el peligro latente que puede significar el abandono de estos en su vida espiritual, aún más, en estos tiempos de incertidumbre actual, puesto que además es consciente de que en su gran mayoría a los bautizados no se les ha dado continuidad en cuanto a la formación permanente en la vida eclesial, lo que demuestra un debilitamiento en cuanto al quehacer propio de los pastores en incidir continuamente en la vida de los creyentes y desvela la gran necesidad de procurar espacios proactivos que procuren la formación y el acompañamiento adecuado para los laicos, cuyo objetivo sea construir, en cada uno de ellos, personas arraigadas a sus principios cristianos en cuanto su fe y sean testigos, continuadores de la misión de la iglesia, como constructores del Reino, que no es más que la misma del llamado misionero iniciado por Jesús.

Es notable que, aunque la Iglesia busque la manera de estar más cerca en la vida de cada bautizado, estos se convierten en el mayor obstáculo de toda acción pastoral, para adelantar itinerarios formativos que contribuyan a edificar el cuerpo místico de Cristo. Para ello, es imprescindible también que, de la mano de la razón, permee todo tipo de formación, una alta dosis de formación cristiana en la vida de la fe en cada creyente, para que sean lámparas encendidas y, en últimas, convertirse en sal del mundo, que sean voz en medio de un mundo cada vez más sumergido en medio de una incertidumbre globalizada a causa del mal pandémico.



La dimensión de la familia como fundamento - célula de la sociedad y en la vida de cada ser humano se ve amenazada por la realidad de muerte que ha traído la pandemia en el mundo, como señala José Antonio Pagola, haciendo suyas las palabras de Peter Ludwig Berger, teólogo luterano y sociólogo: “Nos ha recordado con profundo realismo que toda sociedad humana es, en última instancia, una congregación de hombres frente a la muerte”. (p.44) y, como continúa diciendo (José Antonio Pagola, 2020), “por ello, es ante la muerte, precisamente, donde aparece con más claridad ‘la verdad’ de la civilización contemporánea, que, curiosamente, no sabe qué hacer con ella si no es ocultarla y eludir al máximo su trágico desafío”. (p. 44)

En efecto, la amenaza de la Covid-19 ha logrado doblegar con impiedad toda la humanidad, obligándola, en el orden global, a salvaguardarse en sus domicilios como método de supervivencia, mientras pasa un poco la tormenta. Por tanto, como dice la reflexión teológica de Pagola (José Antonio Pagola, 2020), refiriéndose a dicha realidad:

Es aquí donde hemos de situar la postura del creyente, que sabe enfrentarse con realismo y modestia al hecho ineludible de la muerte, pero que lo hace desde una confianza radical en Cristo resucitado, una confianza que difícilmente puede ser entendida ‘desde fuera’ y que solo puede ser vivida por quien ha escuchado, alguna vez, en el fondo de su ser, las palabras de Jesús: ‘Yo soy la resurrección y la vida’. ¿Crees esto? (p.44).

Responder a dicha pregunta con la que termina Pagola en su reflexión, para este tiempo sin certezas de orden científico y de incertidumbres, es algo compleja, pero es desde la fe y el sentido de la cruz donde está realmente la razón de la esperanza cristiana.

Esta, nueva realidad, quizá, logre fortalecer los lazos de la familia y sirva para fortalecer el vínculo de la unidad, haciendo de cada uno de estos hogares templo e “iglesia doméstica”, que siga siendo testimonio del amor de Dios por medio de la fe, que lleve esperanza y calma a los demás en medio del tiempo de mortandad generalizada en la que tampoco ella escapa. Dicho acontecimiento genera incertidumbre en el mundo en general, que, sin desconocimiento de la misma, no paralice a sus miembros para continuar su misión en cuanto a la acción de estar en salida permanente, pese a dicha realidad, y logre conducir a todo cristiano por el contrario, a interpretar dicha realidad en clave del crucificado, desde el vacío existencial como efecto lamentable, del silencio, de la impotencia, del abandono y, finalmente, del temor y del temblor, que paraliza, en últimas, la búsqueda de sentido a dicha realidad tan apremiante.

Así, desde una lectura crítica, interpretada en clave de fe, la teología tiene que decir algo frente a estos nuevos signos de los tiempos en los que se hace presente el Cristo sufriente, el médico

que libera de las fauces de la enfermedad y de la muerte con su lucha incansable, al intentar salvar a quienes han sido alcanzados por el virus mortal de la soledad, de la enfermedad y de la amenaza latente de la muerte en solitario.

Ello demuestra lo capaces que somos todos quienes hacemos parte de esta pequeña aldea global de sobreponernos ante las amenazas externas que incluso desconocemos. Este es un tipo de salvación, es el paso del pueblo en medio de la esclavitud de enfermedad, por el bálsamo de la solidaridad que conduce a alcanzar la unidad, en cuanto se evidencia, en medio de esta pandemia, el hacer siempre el bien y lo correcto en medio de la desesperación tan apremiante, pero surge la esperanza del resucitado en aquellos que continuaron creyendo que este mal paso dejaría a su paso muchas secuelas de dolor en la memoria y en la historia de todo un colectivo, pero que se recordará seguramente como el tiempo en el cual se manifiesta la compasión y la misericordia por el otro y se demuestra, una vez más, lo capaz que es el ser humano de sentir con el otro, con el dolor del otro, y de morir incluso, arriesgando la seguridad de la vida propia poniéndola en riesgo para favorecer y salvaguardar la de los otros. A luz del teólogo Johann Baptist Metz fallecido el 2 de diciembre de 2019, es posible se interprete en medio de la Covid-19 universal, (Metz, 2013), una “mística de ojos abiertos”, que lleva a con-sufrir, a sufrir con el dolor de los demás. (p. 182)

En resumidas cuentas, haciendo propias las palabras de (Tamayo, 2020):

“2020 es también un año de para recordar a teólogas y teólogos nonagenarios que brillan con luz propia y viven -o vivieron- la mística no como evasión y huida del mundo, sino en el corazón de la realidad con todas sus contradicciones, al ritmo de la historia, en el horizonte de la liberación, en busca de nuevos valores humanistas y ecológicos y desde el compromiso por la transformación personal, comunitaria y estructural”.

Esta realidad marcante no puede ser ajena a la reflexión teológica y, como dé lugar, debe propiciar un diálogo de encuentro en medio de la diversidad de pensamientos que son suscitados en medio del ámbito académico, médico y científico, siempre procurando el bienestar de toda la humanidad.

En este sentido, al parecer una cantidad de desafíos para la Iglesia en salida en tiempos de pandemia o de incertidumbre generalizado y se propone discutir en el capítulo III de este trabajo monográfico tres retos o desafíos de la Iglesia en salida en tiempos de Covid-19:

En tiempos de Covid-19, se desentraña un nuevo reto para la Iglesia católica en salida:

## **Iglesia en Salida y la familia, manifestación del amor de Dios en tiempos de pandemia y de incertidumbre**

Quizá son muchas las reflexiones que surgen a partir de esta realidad de pandemia, fruto de un acontecimiento que causa la incertidumbre y enfermedad de todo un colectivo, que ataca la salud física y mental, un virus que ha logrado doblegar la naturaleza humana a su mínima expresión con su amenaza de contagio con el Covid-19.

El hombre pelea en contra de lo desconocido y no queda más que refugiarse en la esfera de la religiosidad o espiritualidad, que sirve al hombre como fuente de vida y bálsamo de esperanza en medio de tanta desolación. Nadie antes ha estado preparado para enfrentarse a tan grande catástrofe humana; por el contrario, debiese ser un tiempo de salvación para los creyentes, solo es razonable en la mentalidad colectiva de todos los pueblos, ver la realidad actual con el lente de la desesperación y la desesperanza. Se pierde el horizonte soteriológico, que mueva al hombre a creer por fe en el misterio de la resurrección que exista más allá de la muerte, esa promesa atestiguada en la persona de Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, quien vence la muerte e invita al hombre a confiar en su promesa salvífica.

“Los padres de la Iglesia, en la tradición cristiana, han hablado de la familia como ‘Iglesia doméstica’, como ‘pequeña iglesia’. Se referían así a la civilización del amor como un posible sistema de vida y de convivencia humana. ‘Estar juntos’ como familia, ser los unos para los otros, crear un ámbito comunitario para la afirmación de cada hombre como tal, de ‘este’ hombre concreto”. (Holguín, 2014)

Desde una lectura del filósofo converso Sören Kierkegaard se observa que el punto central de dicho autor (Kierkegaard, 2003) es: “La resignación infinita es el último estadio precedente a la fe, y nadie alcanza la fe si antes no ha hecho ese movimiento previo, porque es en la resignación infinita donde, ante todo, tomo conciencia de mi valer eterno, y únicamente así puedo, entonces, alcanzar la vida de este mundo en virtud de la fe”. (p. 42)

Según (Kortanje, 2009), siguiendo este mismo razonamiento, la fe no permite mirar a la imposibilidad de frente, ya que su impulso obedece a la naturaleza de lo no estético. Es la propia paradoja de la vida, que presupone la propia resignación ante la desgracia. La fe es una especie de consuelo frente a la finitud y la limitación; en un sentido, utilizo mis fuerzas para renunciar al mundo y por eso no puedo recobrarlo, pero recibo lo resignado en “virtud de lo absurdo”. (p.1)

Por tanto, se refiere a que el último estadio que supera al estético -está- enmarcado en la esfera espiritual, lo que señala que quienes se lancen al vacío no caen en lo absurdo; es decir, se hace la aclaración de que no se alude al suicidio en este punto. Por el contrario, señala que el estadio que supera la razón de lo estético aparente, lo explica la fe visto como el espacio - tiempo de transición corpórea - transcendental hacia lo escatológico; en últimas, la esperanza de la resurrección para todo aquel que cree. Por tanto, el acto de fe parece que está ligado al amor, porque quien ama cree y no lo paralizan ni los problemas del mundo.

En efecto, la pandemia ha afectado de maneras directa e indirecta todos los estamentos de la sociedad y la Iglesia no escapa a dicha realidad de desesperación, de impotencia y de muerte, pues a dicha realidad de enfermedad y de pérdidas humanas se suma el virus del contagio de la indiferencia, que va en decadencia.

Por otra parte, el deseo de supervivencia individual más que colectiva a inicios de la pandemia era más que evidente y necesaria como mecanismo de autocuidado. Se evidenciaba, además, en todas las personas, un sentimiento de desesperanza y de pérdidas humanas frente a una realidad tan apremiante, al estar inmersos en una realidad de enfermedad y de muerte, de exterminio universal interpretado como un hecho de tipo apocalíptico. Ante dicha realidad, la gran mayoría de las personas fue alcanzada por el contagio del negativismo frente a una pandemia que amenaza la existencia de todos los seres humanos que habitamos esta esfera global y, en particular, la vida espiritual de muchos miembros laicos, pues han caído vertiginosamente en el temor y el temblor, puesto que, más allá de los límites de la fe, se encuentra el temor: esto no debiera presentarse en el creyente, pero es una realidad que no escapa a nadie, como lo plantea Soren Kierkegaard en sus escritos bañados de existencialismo.

Merece la pena recurrir a otras instancias del conocimiento para esclarecer la complejidad que comporta el análisis del hombre en esta realidad actual de pandemia; además, es necesario ver con los lentes de la razón, como Juan Pablo II llamaba una de las dos alas, junto a la fe, con las que el hombre se elevaba hacia a Dios.

El objetivo de la filosofía no debe ser proporcionar fe, sino dar al hombre la fortaleza para enfrentar los avatares de la vida y trascender los límites de lo conocido. Quien se entrega a ella sin resquemores, se abandona a sí mismo. Esto sonaría ligeramente disonante con todo lo construido hasta ahora, por traer a colación una reflexión con tinte de razón, pero es importante, además, decir que desde la misma podemos ver más allá de lo que se nos ha presentado sobre este virus

pandémico a especie de sombras, como el hombre del mito de la caverna planteado por Platón, que tan solo se podrá ver con mayor claridad cuando estemos frente a la realidad inmediata, cuando se abandone la ignorancia.

En uno de sus párrafos más elocuentes en su obra *Temor y Temblor* (Kierkegaard, 2003), subraya: “En general se cree que el fruto de la fe, lejos de ser una obra maestra, es una grosera y ardua labor reservada a las más incultas naturalezas, pero eso está muy lejos de lo cierto. La dialéctica de la fe es la más sutil y la más sorprendente de todas, tiene una sublimidad de la cual puedo tener idea, pero tenerla apenas”. (p.35)

Estos miedos, a causa de la seguridad o de la ausencia de la fe, han logrado paralizar toda la raza humana, conduciendo a la más mínima expresión el sentido de importancia de la vida cultural, celebrativa consciente, en contraste, por el contrario, por el deseo de sobrevivir, como una especie de hombre que ha sido arrojado en el mundo (Heidegger), a diferencia de lo que propone Kierkegaard a diferencia de esta filosofía. Sören inspira con sus escritos a generar la esperanza en medio de las oscuridades humanas, pues quien posee la fe puede descubrir la felicidad sin importar el tiempo que le trace la misma historia. Lo más lamentable, parece que la primera postura de Heidegger logra marcar la mentalidad del colectivo humano que están sumidos en la desesperación y en el temor causa del Covid-19.

Otro reto que se presenta a la Iglesia Católica hoy es responder a la comunidad de los creyentes ante la imposibilidad del encuentro y la imposibilidad de continuar haciendo comunidad congregada en torno al banquete eucarístico. No obstante, la Iglesia se reinventa, como muchos otros sectores de la sociedad; se esfuerza en comprender y dar respuesta a los fuertes retos y desafíos que se le presentan en la actualidad, que demuestran la necesidad de volver de discernir los signos de los tiempos como lugar teológico, haciendo una lectura de dicho presente coyuntural, donde Dios sigue aconteciendo, interpretando el deseo de Él a partir de los acontecimientos que vive esta generación.

Infortunadamente, ante los intentos de la Iglesia por permanecer en salida permanente, hoy se observa que, aunque se les presente los medios o las herramientas eficaces para continuar llegando a cada hogar por medio del uso de las redes masivas sociales y de comunicación, aun así existe una especie de resistencia entre los fieles laicos en responder positivamente a dichos estímulos de acompañamiento religioso, cuyo objetivo es continuar animando a cada cristiano a que continúe recibiendo asistencia espiritual de manera tecnológica, e incluso a algunos ordenados

les cuesta o se resisten a reinventarse a partir de lo antes dicho con la finalidad de llegar efectivamente a muchos, ya que existe un déficit de asistencia celebrativa presencial, asidua y activa de fieles laicos en los templos, debido a las disposiciones de sanidad de protección humana que se han inventado los gobiernos para salvaguardar la salud pública en los países.

Hoy urge el celo apostólico de muchos que asuman con valentía y en salida permanente en medio de la adversidad que atañe la actualidad, y que es coyuntural; es la oportunidad para que muchos sacerdotes y laicos reflexionen con base en sus pastorales y se resistan a continuar construyendo iglesia a partir del pensamiento medieval, jerárquico, piramidal, estático e inamovible, que sea superado en cuanto a una iglesia que sí camina como pastor junto a sus ovejas. No obstante, existen ministros que asumen su ministerio con radicalidad, son focos de luz en medio de las mismas oscuridades y del virus de la indiferencia, que alcanzan el interior de los miembros que no asumen su deber profético.

La Iglesia en Salida permanente incursiona, con la ayuda del Espíritu Santo, en medio de esta realidad de pandemia, a desarrollar nuevas metodologías que vuelvan llamativo el mensaje evangélico, a aquellos laicos que aún viven en tibieza espiritual y no con radicalidad su ministerialidad, la cual procura caminar de la mano del tiempo presente, asumiendo una actitud de cambio permanente al tomar en serio las implicaciones que encierra no descuidar el apostolado permanente, por medio de la vivencia y la praxis del anuncio en tiempos de Covid-19. Todo esto, bajo el lema de una nueva evangelización, esa que no es más que la misma de siempre, la que bebe del mandato misionero decretado por Jesús, con la responsabilidad de los pastores a quienes él ha llamado y confiado su misión en su pueblo.

El verdadero reto está en la medida en que todos los miembros, como parte del cuerpo místico de la Iglesia, logren salir de esos muros físicos, construidos a base de estructuras y normativas intocables, que logran paralizar a los fieles laicos que han sido ya evangelizados y a sus ministros ordenados, con la finalidad de tomar conciencia del hoy y, a la luz de la fe, discernir, ver, juzgar y actuar frente a la existencia de nuevos paradigmas a los que debe responder con sabiduría, a las necesidades que apremian en este tiempo actual, donde toda la humanidad espera del mensaje liberador de Cristo, pues muchos hombres y mujeres están esclavos y comercializados en el ámbito global a causa del déficit de fe y silenciamiento de los altos jerarcas que no inciden ni incursionan en medio de la sociedad denunciando esas estructuras de pecado que oprimen y esclavizan a las personas.

## **Iglesia en salida contra la liquidez espiritual en tiempos de pandemia**

Ciertamente son muchos los autores que quizás abordan este tipo de fenómeno, o problemáticas acarreadas por un cambio de pensamiento, o incluso cambios en la parte esquemática y conceptual del lenguaje en el ámbito epistemológico que conllevan a replantear la misma reflexión teológica, haciendo uso de las herramientas propias que comportan la misma interdisciplinaridad que existe en la comunicación entre las ciencias, y no de manera aislada será, en este caso, citar a uno de los mayores exponentes que en la actualidad divulgan en los medios su pensamiento y que es considerado con respeto por muchos en cada uno de sus campos de acción específicos. Es Zygmunt Bauman, en quien se interpreta sobre la modernidad líquida como expresión a la que alude el tiempo actual, en la que se hallan nuevas formas de episteme, que dan lugar al estudio de nuevos conceptos ligados a la fluidez, la flexibilidad, el cambio y la adaptación, entre muchos otros, que, a fin de cuentas, se convierten en parte vital del hombre, al constituirlo no en un ser sólido sino en un hombre (líquido o frágil) en sus convicciones, proyecciones en cuanto a la incapacidad de estabilidad, tanto afectiva y espiritual, como social-comunitaria.

Se comprende, a partir del pensamiento de Bauman, que lo líquido es una forma de metáfora que se puede aplicar a esta época moderna, que algunos tildan bajo el seudónimo de postmoderna, como continuidad de una época ya vivida décadas atrás. Esto conlleva una característica bastante relevante a dicho autor, pues intenta, por el contrario, demostrar que esta época está sujeta a continuos e irrecuperables cambios en el campo orgánico y espiritualmente hablando. En efecto, pareciera que con la pandemia se diera lugar en los miembros laicos de la Iglesia Católica en la actualidad a una especie de práctica nómada en cuanto a la relajación de la espiritualidad o confusión acerca de su religiosidad, porque empiezan a simpatizar con nuevas formas de espiritualidades como el yoga, la práctica de la nueva era, la creencia en los ángeles y demás formas de espiritualismos, que conducen a evidenciar en los creyentes practicantes evangelizados y no evangelizados una pérdida notable de espiritualidad cristiana, que les ha llevado a crear una nueva forma de religiosidad o, como dicen vulgarmente, un *de todito* o un salpicón de creencias, que deforman la sana doctrina en el bautizado, sin crear en ellos algún tipo de adhesión o de corresponsabilidad con alguna de estas, pues toman y abandonan cuando desean, porque sencillamente no se sienten identificados.

Por tanto, terminan creando para sí una nueva forma de espiritualismo, tomando de todas las demás un poco y haciendo de la misma algo que se adapte a su medida, lo que evidencia,

además, en estos tiempos de incertidumbre una pérdida de identidad en una parte de la población de los fieles. Se evidencia, además, la desaparición del sentido de pertenencia, en cuanto a los principios recibidos en la iglesia desde que fueron insertados en ella, por medio del bautismo, haciéndolos hijos en el Hijo, cabeza visible del cuerpo místico. Dichos fenómenos evidencian la presencia de la liquidez que existe en la actualidad a manera de relajamientos con los que se evita todo tipo de rigidez, no solo afectando a este tipo de población, sino a muchos otros en estos tiempos de incertidumbre y de pandemia.

Una sociedad líquida posee el alcance de tocar incluso las puertas de aquellos que se reconocen ante el mundo bajo una identidad sea cual fuese, pone a temblar cualquier tipo de sociedad sólida e incluso inamovible en el tiempo, pero, en este caso, se alude a los que conforman la jerarquía de la Iglesia incluyendo a todos sus fieles laicos, quienes, al configurarse también como sociedad perfecta, pecan en sus convicciones profundas al adoptar comportamientos propios de quienes son presa de una sociedad líquida, preponderando el manto del consumo desmedido, lo utilitarista, lo flexible abandonando el *statu Quo*.

Según Bauman (Bauman, 2002), en la reseña del libro que él mismo escribe afirma sobre lo que se puede interpretar frente a esta nueva oleada o fenómeno de postmodernidad que afecta todo tipo de estructura sólida. Ello significa:

“La era de la modernidad sólida ha llegado a su fin. ¿Por qué sólida? Porque los sólidos, a diferencia de los líquidos, conservan su forma y persisten en el tiempo: duran. En cambio, los líquidos son informes y se transforman constantemente: fluyen. Por eso, la metáfora de la liquidez es la adecuada para aprehender la naturaleza de la fase actual de la modernidad. La disolución de los sólidos es el rasgo permanente de esta fase. Los sólidos que se están derritiendo en este momento, el momento de la modernidad líquida, son los vínculos entre las elecciones individuales y las acciones colectivas”.

En suma, significa que la sociedad líquida alude a un tiempo sin certezas y de cambios irreversibles, dando lugar a la incertidumbre. El hombre, en este tiempo de incertidumbre, además de un sinnúmero de posibles contagios que se derivan, está contagiado del miedo; ese es el nombre que damos a nuestra incertidumbre: a nuestra ignorancia con respecto a la amenaza y a lo que no se puede hacer para detenerla o para combatirla” (Rocca, 2008). Por consiguiente, se evidencia la pérdida de confianza que invade la vida de todo creyente, debilitando su cimiento de la fe, lo que, en definitiva, conduce a un debilitamiento proporcional afectando la construcción del tejido de las relaciones humanas, sociales y religiosas, que deja en permanente *stand bye* o suspenso el



compromiso consigo mismo y con los demás, para alcanzar la felicidad. El miedo por tanto paraliza la existencia humana, y se comporta como un obstáculo que no permite que la Iglesia esté en Salida en tiempos de pandemia, a causa de la parálisis del miedo.

Muy probable es decir que el cristiano está en actitud de lucha por la consecución por la búsqueda de la alegría/gozo. Como asevera el teólogo Juan Cotto en su ensayo sobre la alegría ante el temor (Cotto, Juan J., 2020), ejemplifica en su texto con una conversación entre Moirslav Volf y Willie Jenings, profesores de Yale. Al respecto, Volf le pregunta:

“¿Qué entiende el por alegría?... Jenings le contesta de forma contundente: es el acto de resistencia contra la desesperación y sus fuerzas. Lo que refiere que la desesperación está presente en el camino de cada hombre en el transcurrir de toda la vida, pero que se debe resistir, porque la desesperación conduce a la muerte y esta quiere tener la palabra final”. (p.47)

Ante este tiempo adverso, que ha trazado un antes y un después con la llegada de la pandemia en 2020, ha significado para toda la humanidad que esta se convierte en otro mal que pone en riesgo la vida de la humanidad, como lo han sido siempre la amenaza de la guerra, la violencia y todo tipo de terrorismos como acto de sometimiento. En medio de todo este panorama desolador el teólogo Juan Cotto (Cotto, Juan J., 2020), en su ensayo *La alegría en el dolor*, señala: “La alegría y el gozo son la fuerza que edifica al creyente en medio de la adversidad”. (p. 47)

Por tanto, bajo estas mismas líneas, la reflexión teológica actual en torno a este acontecimiento de cruz y de desesperanza se configura en orden a Dios, en quien, contemplando su misterio de salvación y de liberación, conduce a todo su pueblo a vivir la alegría en medio de la ansiedad, el temor y el sufrimiento (p. 48), porque él permanece fiel con su pueblo -la Iglesia-.

La postmodernidad, por tanto, se comporta como otro fenómeno, con el cual la Iglesia católica debe batallar a diario, pues, como aguijón venenoso, contamina la conciencia de los fieles y del resto de los hombres, llevándolos a claudicar y abandonar incluso su credo, ese que ha recibido como *depositum fidei*, arrastrándolo a abrazar toda posesión con carácter efímero. Esto afecta incluso a muchos miembros de la Iglesia, que divide y logra llevar a que los creyentes relativicen a Dios, reduciéndolo a un dios en muchos casos de tipo personal; todo esto lleva a lo popular una serie de movimientos aparentemente espirituales y de nuevas ideologías que contaminan y malforman la sana religiosidad, sin dejar de nombrar lo que compete a la doctrina católica, e incluso, pone de manifiesto la inconformidad de muchos quienes se consideran

seguidores tibios mas no miembros activos en la Iglesia, imponiendo romper con los esquemas de tipo moral para satisfacer las creencias del mundo, pero no las de una fe auténtica y madura.

Este tipo de movimientos ideológicos invita a todo tipo de sociedad mundial a ser presa del consumo desenfrenado, no solo en el aspecto material sino, además, de tipo hipersexual, de globalización, de todo tipo de espiritualidades, fuera de las ramas antiguas de las que se consideran hoy como las 5 más grandes religiones universales, cada una con su exponente que le representa, junto a su filosofía de vida. Estos, por el contrario, son cada día más practicadas como excusa de la búsqueda de la verdad y del '*confort*' espiritual, aquellos que huyen a veces de las leyes propias de cada credo, renunciando a lo que los fundamenta, y logra, por el contrario, conquistar de manera atractiva la mente de los seres humanos creando en muchos casos todo tipo de confusión y de dicotomías, deformando la sana doctrina, lo correcto y lo bueno dentro de la moralidad ética de la iglesia, puesto que se observa personas espirituales, pero no religiosas ni comprometidas.

Por otra parte, este tipo de fenómeno, denominado como la posmodernidad, llega al punto de manipular con eficacia las masas, que invitan a vivir en función de movimientos ideológicos pasados, propios de la edad moderna, cuyo centro y eje sea el hombre por el hombre, una búsqueda incansable por el tener, el poder y el placer; donde todo intento de religiosidad pasa a ser un simple metarrelato, cuyo método, además, sea la desmitificación de todo tipo de reflexión trascendental y lo correspondiente, incluso, a un tal Jesús el Nazareno, del que se documenta en textos antiguos por historiadores griegos, por ejemplo Pedro Josefo, que no tenía nada que ver con el círculo de los apóstoles, ni el cristianismo, pero que fue testigo ocular de lo que estos seguidores que predicaban con base en las enseñanzas espirituales de un tal Jesús, fue considerado como una amenaza y un tipo algo subversivo, alguien que tenía que decirle a través de estos instrumentos humanos al pueblo griego, aquellos considerados como paganos, aquellos que no comulgaban con la fe o la filosofía del Hijo del Hombre.

De tal modo que la historia se convierte así en categoría eje fundamental de toda la vida humana, porque su función es ser maestra y testigo, demostrando, a través de los acontecimientos documentados por los hombres a través de todos los tiempos, hasta el tiempo actual, que Jesucristo es la finalidad de toda misión, es él quien continúa su misión primera, transmitiéndose su mensaje actual a través de sus apóstoles y discípulos. Ellos siguen atestiguando ante el mundo por medio de las generaciones presentes ante todo el mundo, no solo al Cristo de la fe, sino también aquel

que realmente se encarnó de una vez y para siempre, compartiendo la misma realidad humana-divina e irrumpiendo y permeando a toda la humanidad de todos los siglos, presente en el tiempo.

Este acontecer misionero, que no es más que una Iglesia en Salida, demuestra en la actualidad la urgencia de que esta en la sociedad no solo sea la representación de Cristo en la Tierra, pues en muchos casos desdice realmente de lo que él es en esencia y divinidad; por el contrario, se valora el esfuerzo junto con sus miembros por encarnar los sentimientos del mismo Jesús, quien, abandonando la comunidad celeste, sale al encuentro de los más necesitados.

Jesús es la muestra del gran reto o desafío que se presenta a la misma Iglesia, de ser radicalmente ante el mundo y ante cada uno de sus miembros la solución a las oscuridades existenciales de toda la humanidad: solo sería posible en la medida en que cada miembro conscientemente se configure y se adhiera con la persona de Cristo.

Infortunadamente, hoy encontramos algunos fieles laicos, clérigos y religiosos que se han cerrado a la acción del espíritu en ellos, se han abandonado a su voluntad, viviendo en la pasividad, el relajamiento y el silenciamiento, sumidos en la ignorancia a causa de la indiferencia, viendo al mundo no periféricamente sino parcialmente, buscando no más lo que les conviene, convirtiéndose en un pagano práctico que incursiona entre lo sagrado y lo profano cayendo en la incertidumbre y desesperanzas de las realidades del mundo con ausencia de Dios, callando su voz profética, que lo caracteriza por su bautismo. En efecto, es deplorable ver cómo hay cada vez más fieles y presbiterios tibios, sumidos en una cultura *light* y en el sin sentido, donde sus ministerios no tienen qué decir porque no son ejemplo para nadie. Todo lo anterior se convierte en impedimento para que una Iglesia en Salida pueda realmente estar en disposición del anuncio evangélico acompañado vitalmente del testimonio coherente de vida con lo que se predica. Se puede intuir que la solución no es más que una conversión permanente y progresiva de todos sus miembros.

Es de aclarar que no se puede ser más catastrófico, observando solo la oscuridad de quienes viven en dicotomía y sin corresponsabilidad alguna su opción inicial, cuando de manera decidida optaron por el camino de una religiosidad comprometida desde la vida consagrada; por el contrario, existe una iglesia comprometida y evangelizada, que realmente sí es corresponsal con su misión e intenta anunciar, a tiempo y a destiempo, el mensaje evangélico en su entorno inmediato.

**La Iglesia en Salida en tiempos de pandemia y de incertidumbre existencial.**

Ante lo dicho en el aparte anterior, hay que señalar que la Iglesia católica, madre y maestra, modelo de institución humano-divina, cuyo reto u objetivo es enfrentar la calamidad que pone en riesgo la salud de toda la humanidad, no deja de seguir respondiendo a los signos de los tiempos, en los que Dios, aun en medio de tanto dolor humano, sigue manifestándose y hablándonos en medio de nuestro tiempo actual; por tanto, la Iglesia intenta discernir a partir de estos acontecimientos lo bueno, lo sensato y lo justo, ni se hace sorda ante el sufrimiento de todo su pueblo, sino que, por el contrario, demuestra, en cabeza del papa Francisco y sus miembros, ponerse en salida con pasos lentos pero seguros, salvaguardando la vida espiritual de sus miembros, poniéndose en actitud de diálogo interdisciplinar, buscando siempre salvaguardar la subsistencia humana y, en especial, tratando de servir como puente ante los dirigentes de las naciones, para que no se olviden de los más necesitados y desechados de la sociedad.

Dicho virus, del que aún está lejos el hombre por dar a conocer la verdad y desmitificar su origen o su procedencia, ha logrado someter con inclemencia a todo un colectivo particular y global, sometiendo a cada hombre de cada pueblo, raza o nación, a ser esclavizado por el miedo. Y, ahora bien, los creyentes, quizás han olvidado o han dudado de las promesas del Señor: "¿No te he mandado que seas valiente y firme? No tengas miedo ni te acobardes, porque Yahveh, tu Dios, estará contigo dondequiera que vayas." (Josué 1,9)

De tal manera, en muchos pasajes de las sagradas escrituras encontramos las mismas palabras. Se ha olvidado, además, hoy, que Dios sigue aconteciendo en medio de nuestras debilidades y fragilidades haciendo historia de salvación con cada uno. David venció a Goliat porque creyó al Señor y tenía fe: lo hizo vencedor; ahora, de manera analógica, se podría insinuar que lo mismo hoy cada uno de nosotros se enfrenta a ese Goliat microscópico, que solo creyendo y teniendo fe con la ayuda de la ciencia médica, Dios le someterá, a través de la técnica humana.

Por el contrario, esta parálisis, generada por un pequeño y microscópico virus, ha visibilizado otro fenómeno, puesto que el hombre está sumergido en la desesperanza, en el temor y en el temblor. Todos, intentando ponerse a salvo, están obligados inicialmente a abandonar sus templos de culto, ante el peligro inminente de contagio por el miedo sembrado, además, por los medios de comunicación masivos, un miedo que pone en riesgo al cristiano débil, al que aún le cuesta perseverar y que, poniéndose a prueba, cede o muere en el intento de continuar siendo testigo, en medio de un mundo cargado y marcado en la actualidad por la desesperanza.

Lo más raro es que, en medio de todo, el cristiano es resiliente y todo ser humano cristiano no intenta continuar la vida, integrándole el peligro inminente ser alcanzado por la desgracia de la muerte, pero es triste que no tema vivir sin Dios, y continuar escudándose en no volver a los templos, puesto que allí cabe la posibilidad remota de generarse posibles focos de contagios que se podrían generar dentro de los cultos, en especial los que se llevan a cabo en los templos católicos como referentes de encuentro. Deberíamos dejarnos contagiar por el amor, más que del temor.

De acuerdo con el teólogo Michael P. Moore cuando intenta definir el temor, lo hace en clave del sentido de la incertidumbre que embarca la mentalidad del hombre en la actualidad quien vive en estado crítico de pandemia (Michael P. Moore, 2020), cuando señala:

“De un modo particular en los momentos de cruz, la mirada del corazón se dirige al cielo preguntando ¿por qué Dios no hace algo?, ¿dónde está Él mientras tantos hijos suyos se deshacen en el dolor y resbalan, lentamente, hacia la muerte?, ¿existe, en verdad algún Dios?... Y si existe, ¿cómo es? Son cuestiones que no pretendía ni pretendo responder de forma exhaustiva, pero como creyente -y como teólogo- la vida y, en este momento, su lado oscuro, me interpela a decir algo que me consuele, que me sostenga, que me siga animando y que no se resuelva en la postura que, a mi juicio, suena un tanto fideísta: frente al mal, hay que cerrar los ojos -y la inteligencia- porque es un misterio... Como lo es Dios. Sin duda, Dios es esencialmente un misterio que, aún después de revelarse, sigue permaneciendo tal, y esto se agudiza cuando ponemos en diálogo el binomio Dios-mal. Pero esto no nos inhibe, más aún: creo que nos empuja a intentar decir algo. Con temor y temblor. Pero algo. Nos asomamos al misterio, nos sentimos seducidos y nos animamos a balbucear algunas palabras, aunque sean provisionarias”. (p. 3)

En efecto, dicha realidad de mal, que atenta en contra de la supervivencia humana, ha generado como respuesta de la Iglesia Católica, incursionar con nuevas iniciativas estratégicas poniéndose en actitud de salida ante esta enfermedad que ha paralizado todas las esferas sociales, políticas y las demás de la existencia humana, a lo cual no escapa la vida religiosa. Es así como, haciendo frente a un camino revestido de desesperanza, la Iglesia conducida por la barca de Pedro no naufraga en estas aguas poco profundas, turbulentas y desconocidas; contraataca, creando nuevas iniciativas de encuentro en medio de la no normalidad, que su inicio significó el fin para todos, recluyéndonos a las cuatro paredes de nuestros hogares, cayendo en la incertidumbre generalizada por la pregunta sobre la muerte y del vencimiento existencial, como el ser que es arrojado en el mundo, por un Dios del cual se pregunta por qué no acaba con dicho flagelo.

El ingreso del virus desconocido y de los alcances que este podría tener condujo a muchos fieles laicos a adherirse con más fuerza a sus principios religiosos, haciendo brillar en medio de la

oscuridad y de la incertidumbre la luz de Cristo, quien ha vencido la muerte y quien ha caminado sobre las aguas sin hundirse. Todo el mundo se vio retado a buscar nuevas formas con las que se diera lugar a un nuevo tipo de cotidianidad en medio de la anormalidad pandémica, creando nuevas salidas sin perder de vista la socialización, esto condujo a utilizar los medios masivos de comunicación como la internet para romper con paradigmas establecidos frente a la importancia de la presencialidad sincrónica en las celebraciones de cada iglesia particular, logrando sacar a los fieles laicos de la parálisis espiritual generada por la pandemia.

En muchos casos se adormecía, además, la participación activa de los fieles, poniéndose de manifiesto el riesgo de lo que conlleva para todos estos nuevos retos a los que, de manera exponencial, requiere de respuestas y acción rápida, que sean mediáticas para hacer frente a dicha problemática, sino que, por el contrario, actúe en beneficio de aquellos quienes, llevados por el miedo, han dejado de asistir al encuentro con la palabra y la eucaristía como medio eficaz que conduce a cada creyente a salir al encuentro con los otros y con el Otro, quien se hace carne y se parte para todos como maná.

Esto, desfavorablemente, no ha contribuido a acrecentar un amor más ferviente y una adhesión más fuerte de los fieles laicos a perseverar en la fe, sino que, por el contrario, han abandonado sus principios cristianos y compromisos bautismales abandonando y dejando a la deriva a su madre, la Iglesia, a tal punto de equiparar la eucaristía presencial a la que se reduce a un simple programa de internet o de las redes sociales, lo que, para muchos fieles laicos, se convierte en una proyección más, como cualquier otro tipo de programa.

Por el contrario, la Iglesia tenía como objetivo y finalidad llegar a aquellos hogares en los que, cautivos de dicha pandemia, se había reducido el espacio de hábitat, puesto que la realidad apremiaba preservar la vida humana a como diera lugar, pero, una vez acostumbrados a dicha novedad, la gente perdió el asombro y sentía igual ir o no a los templos católicos, lo que ponía en crisis la vida espiritual de sus fieles y el mismo ejercicio del sacerdocio ministerial, puesto que el sacerdote se veía obligado a celebrar misa para sí mismo o una reducida parte de la feligresía. Ciertamente, donde uno o dos estén reunidos en el nombre de Cristo ahí está Él en medio de ellos; no obstante, era un escenario triste observar en la actualidad una iglesia cada día más en decadencia, tirada al olvido, pero presente en medio del sin sentido existencial de muchos a los que hoy ya nos les dice nada.

Citaba el papa Francisco que la Iglesia en tiempos de pandemia se presume que sería fortalecida por estas células importantes de la sociedad, donde la familia haría de sus hogares centros de culto eucarístico, es decir iglesias domésticas.

Según el texto de la *Vulgata* al hablar de que el apóstol San Pablo con frecuencia saludaba a la Iglesia que se reunía en las casas utiliza la expresión “Iglesia doméstica”. Se ve en su Carta a los Romanos (16,5): “*Et domesticam Ecclesiam eorum...* (y del mismo modo a la Iglesia que está en su casa -en la casa de los consortes Prisca o **Priscila y Áquila**)”. (Holguín, 2014)

De este modo, el Sumo Pontífice de la Iglesia Católica, en estos tiempos críticos de pandemia, en los que está sumergida toda la humanidad en el sentimiento de tristeza y de desesperanza, durante sus reflexiones en la celebración de la Semana Santa en El Vaticano en 2020, transmitida por los medios masivos de comunicación, recuerda el papel fundamental del valor de la familia para este tiempo de contingencia mundial, haciendo un llamado a ser Iglesia en Salida, en la medida de las posibilidades por medio del testimonio y del amor, demostrando ante el mundo una iglesia no vacía y abandonada, sino cercana, puesto que se ha multiplicado en cada hogar cristiano, como fermento de la vida eclesial ante las gentes. Y, en este contexto, la iglesia doméstica, la familia, está llamada a eso. Si los ritos tratan de comunicar verdades de fe, las familias están llamadas a dar testimonio de la manifestación del amor de Dios a la humanidad en este tiempo por el cual el mundo atraviesa una pandemia de todo tipo.

“Desde sus orígenes, el núcleo de la Iglesia estaba a menudo constituido por los que, ‘con toda su casa’, habían llegado a ser creyentes (Hch 18,18). Cuando se convertían, deseaban también que se salvase ‘toda su casa’ (Hch 16,31). Estas familias convertidas eran islas de vida cristiana en un mundo no creyente” (CEC, n. 1655). Los cristianos fervorosos jamás relativizaron sus prácticas religiosas e incluso, cuando fueron perseguidos a causa de su testimonio en la fe: “Acudían al Templo todos los días con perseverancia y con un mismo espíritu, partían el pan por las casas... Alababan a Dios y gozaban de la simpatía de todo el pueblo” (Hch 2, 46-47), “y no cesaban de enseñar y de anunciar la Buena Nueva de Cristo Jesús cada día, en el templo y por las casas” (Hch 5, 42).

Pero dícese que cuando el mundo perdió el miedo al Covid-19 y las personas empezaron a salir de nuevo a las calles, los contagiados en el cerebro en cuanto que ven la iglesia como foco de contagio y no de salvación perdieron el sentido y el valor al misterio de la eucaristía y su riqueza espiritual, sin deseo de regresar a celebrar en los templos; mediocremente creían que la misa virtual

tenía el mismo valor que la presencial. Al equiparar ambas, se cayó en el error y dio lugar a la confusión, para que muchos de los que se llaman miembros y de aquellos ya evangelizados relativizaran la práctica sacramental de la Iglesia católica.

Ciertamente, los medios de comunicación masivos como las redes pueden ser de gran utilidad para llegar a lugares donde incluso la Iglesia no se imaginó, pero este buen acto de fe inicial deformó la mente del colectivo religioso, que en su gran mayoría se resiste a volver al templo. En este punto cabe la osadía de decir que la Iglesia, en cabeza de la jerarquía, pecó inocentemente; por hacer el bien, adormeció más a los fieles convirtiéndolos, una vez más, en laicos sin compromiso y sin sentido de iglesia, ya no es corresponsal, cosa que no es coherente con lo que se evidenciaba en los cristianos que atestiguan las sagradas escrituras, con lo que se inicia citando en el párrafo anterior. Un verdadero cristiano, aun en medio de las dificultades actuales, se ha de mostrar como un agente de esperanza en medio de la desesperanza del mundo, siendo fiel y testigo de Cristo, en medio de tanta distracción humana y de enfermedad a causa de la pandemia.

### **Distorsión eclesiológica y desvíos en la espiritualidad católica, e influencia de nuevas prácticas ideológicas de espiritualidad en tiempos de incertidumbre (pandemia)**

La Iglesia continúa siendo fiel custodiando la sana doctrina, pero no es ajena ante la realidad espiritual de los creyentes, que son influenciados por otro tipo de ideologías espiritualistas como la *New Age*, entre otras, afectando la sana doctrina en la vida de los laicos. Por tanto, se convierte en un nuevo reto o desafío, al que se ha de prestar atención, para salvaguardar el *Fidei depositum* y el *Fides fidellium*.

Hoy, muchos fieles aún no han sido evangelizados ni formados en la fe, lo que genera en ellos la posibilidad de crear ambigüedades en torno a las prácticas religiosas, lo que también evidencia que muchos miembros ya evangelizados simpatizan frente a este tipo de novedad que la hace llamativa e inofensiva dentro de la mentalidad laxa de algunos creyentes. En efecto, los no evangelizados deberían diferenciarse de los evangelizados, lo que no es así. Este fenómeno es un tema de no acabar, pues es el pan diario con el que la Iglesia debe batallar e iluminar, lo que se suma como obstáculo para una sana recepción de la evangelización, que la Iglesia, en su intento de estar en salida, desea iluminar este tipo de periferias dentro de la misma espiritualidad cristiana católica y logre, mediante la acción del espíritu, una conversión común de todos los creyentes.



En palabras de Spadaro (Spadaro, Compartir a Dios en la red, 2014): “No es casual el éxito de los sitios de espiritualidad difusa, desvinculada de cualquier forma de mediación histórica, comunitaria y sacramental (tradicción, testimonio, celebración...), una espiritualidad que tiende a incluir todos los valores religiosos solamente en la conciencia individual y, a menudo, de inspiración “*New Age*”. (p. 30)

Peor aún, se agrava la situación de la Iglesia con el Covid-19, lo que ha desenmascarado una realidad patente manifestada tiempo atrás, una especie de indiferencia hacia esta y sus prácticas de tipo presencial o de adhesión corresponsal, a lo que no se ha prestado mayor importancia y que se ha ido fraguando, hasta el punto de ver los templos sin la misma afluencia de personas y, peor aún, con los temores sembrados por la realidad de enfermedad y muerte en el mundo. Es un fenómeno que ha afectado a todas las instancias sociales e incluso en la Iglesia universal, amenazada por un diminuto enemigo llamado virus algo desconocido, siendo inevitable que dicha realidad afectara a todos los miembros de la Iglesia católica.

Por su intento de mantener y salvaguardar la barca de Pedro, los sacerdotes y religiosos(as) se preocupan por hacer frente a este tipo de virus espiritual, que, al nombrado antes se suma para desestabilizar la existencia humana. En efecto, en tiempos de desesperanzas, intentan ser luz en medio de la desesperanza, intentando edificar la Iglesia desde el silencio ocasionado por la pandemia en cada hogar, llegando a estos por medio de los medios masivos como las redes sociales. Allí, por el contrario, encontramos otros adormecidos en su vida espiritual, entrando en el principio de incertidumbre, cuya amenaza se centra en la posibilidad de morir, mas no por avivar la espiritualidad en tiempos de aridez, como bien se quiera llamar. Cabe decir, por otra parte, que el hecho de que las personas hayan experimentado cambios en su manera de creer no quiere decir que hayan perdido la fe, ni mucho menos hayan dejado de creer en Dios.

La Covid-19, en efecto, irrumpió en la vida de todos los seres humanos en general, pero en cuanto a la parte sacramental de la Iglesia, en muchos miembros, aun superado un poco la contingencia causada por este virus, se evidencia alejamiento progresivo y ascendente, logrando aislarlos de las prácticas propias que comporta una vida participativa consciente y necesaria para los creyentes que conforman la comunidad de fieles, que se reúnen en torno del banquete eucarístico, donde es partido el pan para todos los miembros que conforman el cuerpo místico de Cristo. Por el contrario, surge la amenaza del abandono de los fieles laicos, ante el sentido mismo que conlleva y que significa para todo creyente el valor de la búsqueda de la unidad, puesto que

hoy, dicha realidad, quizá para muchos, puesta en balanza, pesa más la realidad de enfermedad pandémica en el mundo, que logra eclipsar y superar, incluso, la realidad espiritual de cada creyente al abandonar la eclesialidad.

Es triste observar que la gran mayoría de los bautizados laicos no se preocupa por ser corresponsales con la Iglesia, poniendo al servicio sus carismas dentro y fuera, asumiendo, también, las periferias existenciales a los que están destinado todo tipo de salida; por el contrario, ante el intento de reinventarse la Iglesia en cabeza del papa Francisco en tiempos de pandemia y crearse en un ambiente de cercanía, como una figura de madre que se preocupa por sus hijos; por el contrario, condujo a alejarlos más de su seno, tanto así, que relativizan el banquete eucarístico presencial, equiparándolo al que solo se ve a través de una pantalla como la que se nos presenta en cualquier contenido en el cine, y en cada hogar, desde sus computadoras o teléfonos inteligentes, y le vean con mayor importancia a la última, con alto grado de mediocridad espiritual.

Los fieles cada día huyen a una iglesia que está en salida, y estos son el objetivo de toda acción misionera. La realidad de Covid-19, por tanto, se convierte en un tiempo propicio, donde la Iglesia, sus pastores, ministros y demás agentes pastorales se dedican a la misión de estar en salida, quienes ayudan en los procesos para la acción evangelizadora lleven a la realidad la reflexión y argumentos teológicos sobre la Iglesia en Salida, que necesita ser acompañada y formada en la comprensión y vivencia del misterio de la fe. Cabe la oportuna reflexión acerca de si para el pueblo de Israel es importante el templo como centro del culto que se ofrece a Dios, porque el cristianismo católico ha de prescindir en estos tiempos de incertidumbre y de Covid-19 de este lugar, que favorece de manera especial y privilegiada el encuentro de los hermanos con el Padre por medio de las celebraciones litúrgicas y sacramentales.

Dentro de todas las acciones evangelizadoras de una Iglesia en Salida, debe cuidar el sentido de pertenencia a un lugar sacro por excelencia, como es el templo parroquial. Toda esta realidad ha sido consecuencia desafortunada a una ausencia de formación permanente de los fieles laicos, por los responsables de la acción evangelizadora.

## **El Banquete Eucarístico, desafío de la Iglesia en Salida en tiempo de pandemia y su comunidad de fieles en las redes sociales**

Son muchos los retos y desafíos que se hacen patentes con el transcurrir de los días, haciendo necesario que los miembros todos de la Iglesia hablen en un mismo idioma, que llame y fortalezca un espíritu sinodal.

Por tanto, no es posible señalar aún una ruta con la cual se pueda presentar un insumo último que, de manera efectiva, desarrolle en la vida de los creyentes la necesidad de crear conciencia integral, pero con alto grado de criticidad al valorar la vida sacramental como un *depositum fidei* conservado y transmitido en el tiempo gracias a la tradición, pero que se empiece a comprender que la evolución de las ciencias en cada uno de sus ámbitos no es ajena a la realidad misma de los seres humanos, sino que, por el contrario, intenta contribuir al fortalecimiento de la comunicación desde todas sus aristas, aunque es de saber que como todo intento de innovación tecnológica también presenta graves riesgos que pueden poner en riesgo incluso la misma vida de quienes hacen uso de los mismos.

Enfrentarse a un mundo cada día más exequible al orden de la mano, pudiendo simplificar los procesos normales de interacción social que obligaban a todos dedicar tiempo para las diligencias más apremiantes, la necesidad del encuentro, demuestra que, con el paso de los días, podría generar en cada persona la no necesidad de continuar creando puentes reales de comunidad, sino, por el contrario, entenderse la red virtual como una especie de simulación de interacción, prescindiendo de quienes no se desea con tan solo un clic de bloqueo; de la misma manera analógica, se podría interpretar que dicha bendición también pondría en riesgo el principio de comunión. Algunos podrían decir que la comunión también es posible hacerse mediante el uso de las redes mismas de comunicación, pero jamás se podría sostener que sería lo mismo al sobreponer la necesidad del encuentro a uno simulado.

A diferencia de lo anteriormente, Spadaro (Spadaro, Ciberteología: pensar el cristianismo en tiempos de la red., 2014) señala: “Pero la realidad es aún más compleja. Pensemos en los mundos simulados como el de *Second Life*. Lo que parece poder observarse en general es que, al crecer los espacios virtuales, muchos han comenzado a advertir la necesidad de crear en ellos lugares de oración y hasta iglesias, catedrales, claustros y conventos para momentos de parada y meditación. La lista de iglesias en *Second Life* es larga: existen catedrales como las simulaciones

de las católicas *Notre-Dame* de París y la catedral de Salzburgo, y basílicas como la de San Francisco, en Asís. Existe, también, una catedral anglicana donde se ofrecen regularmente servicios litúrgicos a horarios determinados, y otras iniciativas como la de *Church of Fools*". (pág. 122)

Esto, por tanto, es un fenómeno que no puede tampoco ser entendido de manera aislada por quienes están al frente de los procesos que se adelantan en la Iglesia como los agentes pastorales; es evidente que se necesita una gran dosis de aprendizaje con base en la necesidad apremiante del fortalecimiento del conocimiento en cuanto al uso de las redes de comunicación masiva, los cuales se pueden llegar a convertir, a mediano plazo, en fundamento de reflexión para la comunidad teológica, de la manera como se debiese procurar una teología que no riña con la web, debe entenderse la necesidad del complemento, entre teología y tecnología, pero sin perder de vista la esencia de la fe católica.

En cuanto a lo que refiero antes en párrafos dedicados a la celebración impersonal o simulada de los sacramentos que han surgido como fenómeno de la no necesidad en muchos casos de la asistencia a los templos y, aun más con el miedo generalizado a partir de la pandemia, cabe resaltar que, en casos muy particulares donde se ve comprometida la vida de la persona por la pérdida de la salud, que le imposibilita asistir a la celebración presencial comunitaria de los fieles en torno al banquete eucarístico, se catequice a los fieles respecto a con qué motivos es válido o no este tipo de celebraciones simuladas y presentadas de manera sincrónica y asincrónica en cuanto a la proyección de la eucaristía mediante el uso de la red, en este caso YouTube.

Por tanto, se concluye según el autor (Spadaro, *Ciberteología: pensar el cristianismo en tiempos de la red.*, 2014): El sentido de comunidad proporcionado por las redes sociales se habría superpuesto (con el riesgo de coincidir) al de la comunidad eclesial. (pág. 125)

En efecto, empleando el sentido de equivocidad, se halla dentro de la reflexión teológica que no existe una última palabra referente al sentido real de la eucaristía como sacramento presentado por la Iglesia, sino que, en su intento por buscar el punto de encuentro entre ambas como forma de integración, los sacramentos, en el modelo de virtualidad, escapan a la realidad y el sentido comunitario.

Respondiendo al concepto de Sacramentalidad virtual, entendiéndose este por la Eucaristía, punto de atención en dicha reflexión como reto y desafío para la iglesia católica en cuanto a la universalidad, demuestra que es un medio en el cual no se agota la gracia, pero en el mismo sentido se desenmascara otra realidad, según el autor (Spadaro, Ciberteología: pensar el cristianismo en tiempos de la red., 2014): “Detrás de este pensamiento está la idea reductiva de que recibir un sacramento significa, en sustancia, estar involucrado simplemente de un modo psicológico en un acontecimiento, sea real o virtual”. (pág. 125)

Por otra parte, en cuanto a la participación sacramental presencial de los fieles, que son sumergidos en el misterio pascual y salvífico de Cristo, como expresión del amor de Dios en el sacrificio eucarístico, que se parte como alimento comunitario, sin duda alguna, alude a la forma y la materia, pero no podría reducirse a la materia del sacramento únicamente al reflexionar las palabras del maestro cuando dice a la Samaritana en aquel pasaje bíblico:

“Le dice la mujer: «Señor, dame de esa agua, para que no tenga más sed y no tenga que venir aquí a sacarla.» Le dice la mujer: «Señor, veo que eres un profeta. Nuestros padres adoraron en este monte y vosotros decís que en Jerusalén es el lugar donde se debe adorar.» Jesús le dice: «Créeme, mujer, que llega la hora en que, ni en este monte, ni en Jerusalén adorarán al Padre. Vosotros adoráis lo que no conocéis; nosotros adoramos lo que conocemos, porque la salvación viene de los judíos. Pero llega la hora (ya estamos en ella) en que los adoradores verdaderos adorarán al Padre en espíritu y en verdad, porque así quiere el Padre que sean los que le adoren. Dios es espíritu, y los que adoran, deben adorar en espíritu y verdad.» Le dice la mujer: «Sé que va a venir el Mesías, el llamado Cristo. Cuando venga, nos lo explicará todo.» Jesús le dice: «Yo soy, el que te está hablando.»” (Jn. 4, 19. 20-26)

“Llegará el día en que me adorarán en espíritu y verdad”. Esto, de manera analógica y la hermenéutica, alude a la incompatibilidad en cuanto al principio del método de la univocidad y equivocidad de Mauricio Beuchot. Existen una verdad e interpretaciones a partir de esa verdad (equivocidad), pero en Jesús resulta la realidad trascendente de las prácticas rituales que se llevaban en su tiempo y el acontecimiento atestiguado por la comunidad de los samaritanos, en voz de la samaritana al contarle la experiencia de este pueblo en torno a la experiencia de Dios. El monte es considerado para ellos un lugar sagrado, completamente distinto y descentralizado a la experiencia del templo de los judíos, con cuyas prácticas de fe reñían los samaritanos. Lo anterior demuestra que la experiencia de Dios y su gracia no se reducen al templo.

Por tanto la equivocidad equivalente que nace de la verdad atestiguada por el mismo Jesús siendo Dios, los judíos de su tiempo reducían en muchos casos la experiencia de Dios al ritual cúltilo y a la ley mosaica, escapando a la verdadera esencia y el verdadero sentido del templo, como tienda del encuentro. En efecto, demuestra la pobre comprensión de las prácticas que escapan a la realidad de lo que Jesús desvela con sus enseñanzas, reduciendo sus enseñanzas, de manera peligrosa, a prácticas legalistas vacías, al no celebrar en espíritu y verdad como señala en el texto bíblico. Templo - Monte y Templo - ciberteología son lugares teológicos en los que Dios continúa desbordando en gracia y en salvación, para quien le buscan en Espíritu y verdad.

Este, por tanto es un tema de discusión, algo necesario para continuar ahondando desde la misma exégesis bíblica y sus métodos para esclarecer medianamente este misterio, que no se ha agotado ni tiene la última palabra en cuando a lo que Dios pretende del mismo.

Además, cabe la posibilidad de interpretar este tiempo tecnológico como un signo visible de la gracia que no se agota en Dios, por su intento de continuar irrumpiendo en la historia de cada hombre con la finalidad de conquistarle y estar cada vez más cerca por medio del uso de estos instrumentos que están al servicio de quienes están llamados a continuar la tarea evangelizadora de guardar siempre la actitud de salida.

Por tanto, no podríamos medir el grado de gracia que se hace patente en aquellos quienes, imposibilitados por su realidad de enfermedad, no asisten al templo, sino de manera virtual como herramienta proporcionada por la internet. No cabe la menor duda de que Dios se hace presente donde dos o tres estén reunidos en su nombre, aunque la diferencia radicaría en la imposibilidad de poder alimentarse del cuerpo y la sangre sacrificio eucarístico. En efecto, lo explica el autor del libro sobre la ciberteología (Spadaro, Ciberteología: pensar el cristianismo en tiempos de la red., 2014), que “se abre una puerta para una posible «devoción digital» que, de algún modo, puede estar vinculada a las distintas formas de «comunión espiritual» conocidas desde siempre en la tradición, como atestigua, además, el Concilio de Trento: el mismo documento *La Iglesia e internet* habla de experiencias religiosas posibles ahí [también en la red] por la gracia de Dios”. (pág. 126)

Considera (Spadaro, Ciberteología: pensar el cristianismo en tiempos de la red., 2014) al citar en su libro sobre ciberteología al reverendo Tim Ross, ministro metodista inglés, quien imaginó como posible un “*communion service*” con Twitter. La celebración no llegó a realizarse porque las autoridades de su comunidad eclesial le pidieron cancelarla, aunque consideraran

válidas las motivaciones que habían impulsado al reverendo Ross a pensarla, a saber: una «expresión renovada de la fe y del culto en el contexto de las nuevas modalidades de los medios sociales electrónicos». (pág. 124)

No obstante, se puede obviar las directrices de la Iglesia en no transgredir sus principios en cuanto a que según lo planteado por (Spadaro, *Ciberteología: pensar el cristianismo en tiempos de la red.*, 2014), al traer a colación lo que piensa esta con referencia al uso de estos medios como medio eficaz para el encuentro eucarístico, señala:

“La Iglesia católica insiste siempre en que es imposible, y antropológicamente un error, considerar la realidad virtual «capaz» de sustituir a la experiencia real, tangible y concreta de la comunidad cristiana visible e histórica, y lo mismo vale para los sacramentos y las celebraciones litúrgicas. Por «realidad virtual» entendemos aquí una «experiencia multimedia e interactiva realizada a través de un medio de comunicación vinculado con la red». El documento *La Iglesia e internet* (2002), del Pontificio Consejo para las Comunicaciones Sociales, expuso con total claridad que la realidad virtual no sustituye la presencia real de Cristo en la Eucaristía, ni la realidad sacramental de los otros sacramentos, ni tampoco el culto compartido en una comunidad humana de carne y hueso. No existen los sacramentos en internet; e incluso las experiencias religiosas posibles ahí por la gracia de Dios son insuficientes si están separadas de la interacción del mundo real con otras personas de fe (n.º 9)”. (pág. 125)

Es claro que la manera esquemática de la cual no escapan el discernimiento de la Iglesia y sus pastores no permiten de manera peyorativa, dar lugar al reduccionismo que se daría al obviar o pasar por alto el sentido real del templo y de la misma vida de los sacramentos de la cual ella misma es garante en la vida de los que se inician y aquellos quienes ya hacen parte de ella como miembros activos o pasivos, cuyo protagonismo no es más que el silencio. En otras palabras, la Iglesia católica debe formar la conciencia de los fieles laicos, en últimas a diferenciar y a valorar el sentido real de los sacramentos, como signos visibles de salvación para el creyente.

A manera conclusiva, permitiendo estar en sintonía con lo propuesto por el autor (Spadaro, *Ciberteología: pensar el cristianismo en tiempos de la red.*, 2014), el riesgo fundamental que parece común al conjunto de las experiencias litúrgicas en la red es el de una deriva «mágica» capaz de desvaír, hasta borrarlo, el sentido de comunidad y de mediación «encarnada», para exaltar, en cambio, el papel de la técnica que hace posible el acontecimiento (pág. 127).

En contraste, según Spadaro, con su libro *Compartir a Dios en la red*, se interpreta y reflexiona, a partir de él, el quehacer teológico, que debe prestar cuidadosa atención, haciendo lectura de la realidad a partir de los signos de los tiempos, estudiar nuevos fenómenos que se hacen visibles, que no pueden ser eclipsados ni, mucho menos, satanizados, porque esta negativa quizás escapa a la comprensión ya decretada por la Iglesia católica, cerrando la posibilidad de todo tipo de reflexión, en cuanto a la acción continua de la oferta salvífica de Dios con el hombre, quien le busca incesantemente y que no deja de hacerlo en medio de este tiempo actual tan tecnológico, del cual nunca el hombre quizá llegó a pensar como una realidad siglos atrás, que no respondía más al mundo de las ideas, y que hoy son tangibles.

Dentro de las prácticas de la Iglesia católica y todos sus procesos en el acompañamiento en la vida espiritual de los creyentes fieles evangelizados y otros, en espera de esta evangelización, como destinatarios del mensaje salvífico, es posible escapar al pensamiento rígido de la estructura eclesial, para ahondar en dichas directrices humanas y descubrir en ellas también el querer de Dios, lo que, desde la razón, conduce a crear nuevos ambientes de discusión crítica, que procure espacios de encuentro, fortaleciendo esas bases iniciales en Cristo, de tal manera que, desde la propuesta libre de la comunidad teológica, proponga sus hallazgos a la comunidad jerarquizada, con el fin de que se edifique la vida de todos los miembros de la iglesia desde la ciberteología.

Esto demostraría un paso adelante frente al pensamiento unívoco, sostenido por la Iglesia en sus documentos, en cuanto a la ineficacia de la celebración litúrgica sacramental, proyectada a través de los medios masivos de las redes sociales o de comunicación masivas (radio, televisión). No se pueden pasar por alto estos nuevos paradigmas o realidades que son parte ya inherente de los seres humanos y que se abren paso para crear puentes no equidistantes entre la vida de los seres humanos y el mundo, lo que permite percibir que lo que está más allá de las fronteras geográficas se abre paso oportuno para la discusión teológica; descubrir, en medio de esta realidad, el paso de Dios y su acción salvadora por medio de su gracia, que continua derramándose por medio de su Espíritu, renovando la vida misma de la Iglesia e iluminando los avances de la técnica integrándose ambos, dando respuesta a los nuevos retos en la que la barca de Pedro continúa en marcha y respondiendo al mundo, también, desde el uso la tecnología de la internet y las redes sociales, abriéndose a una nueva posibilidad importante para la Iglesia al replantearse, a partir de estos



nuevos retos surgidos desde la equivocidad y los nuevos avances de la tecnología, que en últimas busca la Iglesia católica, estén al servicio del anuncio de Buena Nueva de Jesús.

Estar en salida comprende, por tanto, salir a todo tipo de periferias existenciales, y en este caso a la que se han quedado de una vez y para siempre en el diario vivir como la internet y sus redes masivas. No es una realidad nueva, pero sí ha tomado fuerte protagonismo en estos tiempos de pandemia, en medio de un mundo cada vez más subyugado por la falta de tiempo, la localización geográfica de muchas personas, que les imposibilita, en espacio y tiempo, asistir a prácticas litúrgicas que requieren de tiempo y de desplazamiento para celebrar de manera presencial junto con la comunidad de fieles.

Sin embargo, como deduce Spadaro (Spadaro, Compartir a Dios en la red, 2014): “Lo que parecía haberse perdido, a saber, el interés por el encuentro físico con las personas, con los amigos, hoy comienza a ser recuperado en otras formas y por otras vías. Por otra parte, como ya hemos dicho, la red está destinada cada vez más a ser no un mundo paralelo y distinto respecto de la realidad de todos los días, la de los contactos directos: ambas dimensiones, la *online* y la *offline*, están llamadas a armonizarse y a integrarse lo más posible en una vida de relaciones plenas y sinceras. Desde esta perspectiva la comunidad eclesial se comprende (y se hace comprensible) cada vez más en términos de red”. (pág. 30)

Son muchos los factores que desenmascaran realidades favorables y desfavorables, pero hay que ir más allá evaluando los medios como una oportunidad y herramienta al servicio de la iglesia y su deseo de llegar a aquellos que están alejados por circunstancias diversas.

De acuerdo con el mismo autor (Spadaro, Compartir a Dios en la red, 2014): “No obstante, hay otro dato que también está claro: la Iglesia en tiempos de internet y de las redes sociales está llamada a evaluar el significado y las formas de su presencia. Creo necesario que ella se comprenda no solamente como misterio de comunión, sino también, más modestamente, como lugar de conexión significativa de las personas, un lugar capaz de ofrecer la base para la construcción de relaciones de comunión en una sociedad fragmentada”. (pág. 30)

Se resalta, en últimas, en concordancia con el autor, la importancia que trae el empleo de las redes sociales para el fortalecimiento y la recuperación pastoral de la Iglesia en Salida en

pandemia, además del ordinario, a favor del anuncio de la Buena Nueva Cristo, con la ayuda de los agentes pastorales preparados para asumir, como ayuda positiva, el uso de la técnica.

Aunque aún no existe una última palabra que refiera la comunidad teología, en cuanto a que ve con carácter de causa importante la apertura posible ante la eficacia de la misa transmitida a través de la internet, para otros sigue siendo tema clausurado al observar que, al no recibir las especies del pan y vino, solo simula un espacio de comunión espiritual, mas no consume física la carne ni la sangre bajo las especies. Por tanto, solo no deja de ser para otros una especie de sacramento espiritual, con ausencia de la materia.

Pero no se puede pasar por alto, como expresa Spadaro, lo siguiente:

“Así, una tarea para la Iglesia de hoy, comprometida en la «nueva evangelización», podría ser crear también espacios de contacto en red en los que las personas se acerquen a la fe y puedan encarar sus preguntas más profundas en un clima que permita construir relaciones significativas. Esta tarea, evangelizar la red en la era de las redes sociales, es ciertamente compleja, pero parece congenial a los cristianos, que están cotidianamente llamados a transformar la conexión en proximidad. Cada uno de nosotros puede ver en la red aquella «periferia» a la cual estamos llamados, poblada de personas necesitadas que esperan”. (Spadaro, Compartir a Dios en la red, 2014) (pág. 30).

## Conclusiones

En esta tesis se identificó, dentro de la categoría Iglesia en Salida del papa Francisco en la *Evangelii Gaudium* y la acción de los fieles laicos en la iglesia como Pueblo de Dios, un grave déficit de corresponsabilidad en los miembros bautizados, lo que se refleja en la falta de compromiso de los mismos con la misión de la Iglesia y su permanente salida en cuanto a la evangelización o el mandato misionero enseñado por Jesús.

Gracias al método empleado en Mauricio Beuchot, se logró identificar en la gran mayoría de los fieles laicos, quienes en la actualidad ya han recibido algún sacramento en la vida de fe del creyente, una especie de servilismo sacramental, antes que de generar compromisos con la Iglesia, en el sentido de que debiera haber nacido del encuentro personal con Jesús a través de las catequesis de iniciación cristiana, que despierte en los creyentes un estilo de vida y de adhesión al tener sentido de pertenencia proporcional, como parte integrante de la comunidad eclesial.

Se evidenció, además, que las faltas de compromiso y de corresponsabilidad de los laicos de la iglesia son gracias a la no formación adecuada y permanente en el acompañamiento de la vida espiritual de la fe y de la vivencia cristiana, descuidada, en algunos sectores, por los pastores, los encargados de la educación de miembros. La causa de raíz radica en que estos no son corresponsales con los compromisos de todo un ministerio sacerdotal: estos reciben la plenitud del sacerdocio y los habilita a ser maestros de la fe que ellos profesan, por cuanto deben transmitir las verdades de la fe al pueblo de Dios que se les ha encomendado a través de su servicio.

Demuestra, además, que los procesos impartidos en muchas de los templos parroquiales no ofrecen una continuidad permanente en la vida de la fe. No existen, en muchos casos, los espacios que faciliten un ambiente catequético de formación progresiva y ascendente entre sus miembros.

La preparación debería no solo habilitar a los fieles para la celebración de los sacramentos de iniciación cristiana, sino, por el contrario, animarlos a anunciar lo que creen y viven, para reflejar en su testimonio lo que han aprendido, visto y oído, haciéndolos testigos y misioneros; asumiendo la misión de la Iglesia y de bautizado de manera corresponsal con la misma.

Los sacramentos, por tanto, no se pueden observar como simples requisitos de cumplimiento obligatorio de la comunidad cristiana, sino acompañados con el espíritu de fe y no por simple apariencia, sino, por el contrario, que logren su objetivo central y esencial en acercar a sus miembros y les concientice sobre la importancia del templo como punto de encuentro con el prójimo y con Dios por medio de las celebraciones litúrgicas.

La familia es el ser mismo de la sociedad, es signo de unidad, que no deja de ser un desafío constante para la Iglesia, en cuanto a la atención y al desarrollo de nuevas estrategias que concienticen y acerquen a los padres al compromiso frente a la iniciación integral y de formación catequética de los hijos, que nazca desde la libertad y no se realice desde la obligatoriedad como parte fundamental y requisito para obtención de un sacramento, sino, por el contrario, realmente la Iglesia, como madre y maestra, transmita con decisión y de manera permanente la formación en la fe en los padres, como fieles creyentes, que no acerquen a sus hijos a ella por momentos o tiempos breves, sino por el contrario, realmente hagan del templo para ellos un segundo hogar necesario que recupere la importancia en la consciencia de los laicos y su corresponsabilidad con la misma mediante el compromiso con la acción pastoral del anuncio.

La pandemia se suma a otro reto de la Iglesia, como factor relevante para la continuidad normal que incide en la vida celebrativa de los fieles en torno a las celebraciones litúrgicas: se ve alto grado de deserción en cuanto a la presencialidad y la disminución del aforo en los templos, que inicialmente fue a causa del virus del Covid-19, dando lugar en estas nuevas formas o expresiones de fe en los creyentes y hoy persiste, aunque estemos en una supuesta normalidad viviendo en medio del mismo.

Los fieles laicos, por causa de este fenómeno, se percibe que se han contagiado de falta de interés en cuanto a la vida sacramental y son algo indiferentes al no reconocer y valorar su importancia dentro de la vida sacramental presencial, equiparándola, y dando fuerza a la virtualidad, que se convierte en canal de gracia y de espiritualidad para aquellos bautizados por medio del encuentro con Dios, mediante el uso de las redes sociales, debido a circunstancias puntuales que los exonera, por querer decirlo así, debido a su estado de enfermedad o imposibilidad física, o de acceso geográfico, lo que dificulta la asistencia asidua al templo.

Finalmente, dicha investigación está abierta a futuras discusiones que se puedan suscitar y abordar desde la comunidad teológica, que preste suma atención, con su reflexión, a esta nueva periferia de comunidad humana tan presente en las redes sociales de la internet, que, a mi parecer, requiere de atención. Por ende, se abre el abanico teológico reflexivo, dando lugar a otra rama de la investigación teológica como lo es la propuesta que nace de la ciberteología (el uso de la tecnología como herramienta al servicio de la fe), donde se identificó una especie de acontecimiento teofánico o de manifestación de Dios a los hombres mediante los cuales sigue manifestándose Dios en su Pueblo, al cual sigue revelándose, y acompañando a los hombres por

medio de las redes de tipo cibernético, lo que representaría para la Iglesia un nuevo reto de acompañar y dinamizar los procesos de la fe.

Lo anterior, saliendo de sus estructuras físicas, para navegar en las aguas de lo que aparentemente se convierte en un camino para algunos de carácter irrealista, pero es la existencia del prójimo tras la pantalla en espera de algún anuncio de la Palabra, para que la tecnología no sea vista únicamente como medio de distracción o pérdida de tiempo, sino que lo conviertan en canal de encuentro para el hombre con su Dios. Las redes sociales, al servicio de la Iglesia, pueden ser una herramienta prometedora para el anuncio del aquí, del ahora y del mañana del evangelio.

Finalmente, el propósito no es más, en palabras de Spadaro (Spadaro, Compartir a Dios en la red, 2014), que la tarea para la Iglesia de hoy, comprometida en la «nueva evangelización»: podría ser la de crear también espacios de contacto en red en los que las personas se acerquen a la fe y puedan encarar sus preguntas más profundas en un clima que permita construir relaciones significativas. (p.30)

## Bibliografía

*Ad Gentes* (9na ed.). (1965). Roma: San Pablo. Recuperado el 17 de abril de 2021

Bauman, Z. (2002). *Modernidad Líquida*. México: S.L. Fondo de Cultura Económica de España.  
Recuperado el 5 de agosto de 2021.

Beuchot, M. (Mayo de 2015). *Elementos esenciales de una hermenéutica analógica*. (Diánoia, Editor) Recuperado el 15 de abril de 2021, de [http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S0185-24502015000100006](http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0185-24502015000100006)

Beuchot, M. (2015). *Tratado de hermenéutica analógica. Hacia un nuevo modelo de interpretación*. México: Unam.

*Biblia de Jerusalén* (4ta. edición ed.). (2009). (2. Equipo de traductores de la edición española de la Biblia de Jerusalén, Trad.) Bilbao: Desclée De Brouwer, S.A.

*Biblia de Jerusalén* (4ta. edición ed.). (2009). (E. d. Jerusalén, Trad.) Bilbao: Desclée de Brouwer, S.A.

Boff, L. (3 de julio de 2015). Papa Francisco: Iglesia en Salida, ¿de dónde y hacia dónde? *Koinonia*. Recuperado el 29 de abril de 2021, de <https://www.servicioskoinonia.org/boff/articulo.php?num=715>

Bosh, J. (2012). “Azione ecclesiale e impegno dei fedeli laici: una insidiosa distinzione”. (L. Navarro, Ed.) *Giuffrè*, 197-213. Recuperado el 18 de abril de 2021.

Castellón, J. (1998). *Padre Alberto Hurtado s.j. Su espiritualidad*. Santiago de Chile: Don Bosco.  
Recuperado el 13 de marzo de 2021, de <https://isbn.cloud/en/9789561803817/padre-alberto-hurtado-sj-su-espiritualidad/>

- Christifideles Laici*. (30 de diciembre de 1988). Recuperado el 17 de abril de 2021, de Vatican.va:  
[http://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/apost\\_exhortations/documents/hf\\_jp-ii\\_exh\\_30121988\\_christifideles-laici.html](http://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/apost_exhortations/documents/hf_jp-ii_exh_30121988_christifideles-laici.html)
- Codina, V. (30 de enero de 2013). *Cristianisme i Justícia*. Obtenido de <https://www.cristianismeijusticia.net/es/el-teologo-victor-codina-analiza-la-herencia-del-concilio-vaticano-ii-en-su-50-aniversario>
- Codina, V. (30 de enero de 2013). Nuevo Cuaderno CJ - “Hace 50 años hubo un concilio...”. *Cristianisme i Justicie*, 1. Obtenido de <https://www.cristianismeijusticia.net/es/el-teologo-victor-codina-analiza-la-herencia-del-concilio-vaticano-ii-en-su-50-aniversario>
- Concilio Vaticano II*. (16 de noviembre de 1964). Obtenido de Constitución Dogmática sobre la Iglesia Lumen Gentium:  
[http://www.vatican.va/archive/hist\\_councils/ii\\_vatican\\_council/documents/vat-ii\\_const\\_19641121\\_lumen-gentium\\_sp.html](http://www.vatican.va/archive/hist_councils/ii_vatican_council/documents/vat-ii_const_19641121_lumen-gentium_sp.html)
- Concilio Vaticano II*. (2006). Bogotá, Colombia: San Pablo.
- Congar, Y. (1965). *Jalones para una Teología del Laicado* (3ra. edición ed.). (-P. Les Éditions Du Cerf, Ed., & O. Sebastián Fuster, Trad.) Valencia: EDITORIAL ESTELA, S.A.
- Cotto, Juan J. (1 de abril de 2020). *Covid-19*, 1ra. edición. (U. d. Guadalajara, Editor) Recuperado el 15 de agosto de 2021, de *La alegría ante el temor*:  
[https://iteso.mx/web/general/detalle?group\\_id=19782409](https://iteso.mx/web/general/detalle?group_id=19782409)
- Delgado, M. (Diciembre de 2016). La misión evangelizadora de los fieles laicos en el magisterio del papa Francisco. *Revista de Teología, Tomo LIII*(121), 117. Recuperado el 4 de abril de 2021.

- Dianich, S. (1988). *Iglesia en misión. Hacia una ecclesiólogía dinámica* (sobre el original italiano *Chiesa in missione* ed.). (A. O. García, Trad.) Salamanca: Siguime.
- Duarte, J. D. (25 de abril de 2014). "Voy a abrir la ventana de la Iglesia". (El Espectador, Ed.) *Entretenimiento*. Recuperado el 25 de abril de 2021, de <https://www.elespectador.com/entretenimiento/gente/voy-a-abrir-la-ventana-de-la-iglesia/>
- Dussel, E. (1992). *Historia de la Iglesia de América Latina. Medio milenio de coloniaje y liberación (1492-1992)* (6ta. ed.). Madrid: Mundo Negro-Esquila Misional. Recuperado el 17 de abril de 2021, de <http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/otros/20120215100901/iglesia.pdf>
- Francisco, P. (29 de junio de 2013). *Encíclica Lumen Fidei*. (L. E. Vaticana, Editor) Recuperado el 19 de marzo de 2021, de [http://www.vatican.va/content/francesco/es/encyclicals/documents/papa-francesco\\_20130629\\_enciclica-lumen-fidei.html](http://www.vatican.va/content/francesco/es/encyclicals/documents/papa-francesco_20130629_enciclica-lumen-fidei.html)
- Francisco, p. (24 de noviembre de 2013). *Evangelii Gaudium*. Obtenido de Vatican.va: Librería Editrice Vaticana
- Francisco, P. (2013). *Evangelii Gaudium: Exhortación Apostólica: los obispos, a los presbíteros y diáconos a las personas consagradas y los fieles laicos: sobre el anuncio del Evangelio en el mundo actual*. (Vatican.va, editor) Obtenido de [http://www.vatican.va/content/francesco/es/apost\\_exhortations/documents/papa-francesco\\_esortazione-ap\\_20131124\\_evangelii-gaudium.html](http://www.vatican.va/content/francesco/es/apost_exhortations/documents/papa-francesco_esortazione-ap_20131124_evangelii-gaudium.html)
- Holguín, H. V. (6 de septiembre de 2014). *Aleteia*. Recuperado el 12 de agosto de 2021, de <https://es.aleteia.org/2014/09/06/de-donde-viene-la-expresion-la-familia-es-una-iglesia-domestica/>



- II, J. P. (1992). Vatican.va. En *Iglesia Doméstica*. Recuperado el 10 de julio de 2021, de [https://www.vatican.va/archive/catechism\\_sp/index\\_sp.html](https://www.vatican.va/archive/catechism_sp/index_sp.html)
- Jiménez, F. (2010). El lugar de la Iglesia en el mundo moderno: Una mirada cronológica a las vocaciones sacerdotales, los laicos y los pobres en el ministerio de San Alberto Hurtado, SJ. (scielo, Ed.) *Teología y vida*, 51(4), 521-554. Recuperado el 17 de abril de 2021, de [https://scielo.conicyt.cl/scielo.php?pid=S0049-34492010000300004&script=sci\\_arttext#n46](https://scielo.conicyt.cl/scielo.php?pid=S0049-34492010000300004&script=sci_arttext#n46)
- José Antonio Pagola. (1 de abril de 2020). *Covid-19*, 1ra. edición. Recuperado el 17 de agosto de 2021, de *Una puerta abierta*: [https://iteso.mx/web/general/detalle?group\\_id=19782409](https://iteso.mx/web/general/detalle?group_id=19782409)
- Kierkegaard, S. T. (2003). *Temor y temblor*. Buenos Aires: Editorial Losada.
- Kortanje, M. (2009). *El temor según S. Kierkegaard*. (U. C. Madrid, Ed.) *Nómadas*, 22(2), 7. Recuperado el 12 de agosto de 2021, de <https://www.redalyc.org/pdf/181/18111430023.pdf>
- López, L. (23 de octubre de 2019). *Papa Francisco: «Una Iglesia con las puertas siempre abiertas»*. Recuperado el 10 de mayo de 2021, de <https://es.zenit.org/2019/10/23/papa-francisco-una-iglesia-con-las-puertas-siempre-abiertas/>
- López, L. I. (23 de octubre de 2019). *ZENIT*. Recuperado el 3 de junio de 2021, de <https://es.zenit.org/2019/10/23/francisco-la-sinodalidad-metodo-ecclesial-para-reflexionar-y-confrontarse/>
- Metz, J. B. (2013). *Por una mística de ojos abiertos*. (B. M. Carrillo, Trad.) Barcelona: Herder Editorial. Recuperado el 30 de agosto de 2021.

- Michael P. Moore, o. (27 de marzo de 2020). *Región digital*. Recuperado el 1 de agosto de 2021, de [https://www.religiondigital.org/opinion/Michael-Moore-Dios-anti-pandemia-post-pandemia-teologia-coronavirus-jesus-salvacion-hombres\\_0\\_2216178370.html](https://www.religiondigital.org/opinion/Michael-Moore-Dios-anti-pandemia-post-pandemia-teologia-coronavirus-jesus-salvacion-hombres_0_2216178370.html)
- Mutual, G. (23 de octubre de 2019). *Vatican News*. (C. d. Vaticano, Editor) Recuperado el 15 de abril de 2021, de <https://www.vaticannews.va/es/papa/news/2019-10/papa-iglesia-es-en-salida-o-no-es-iglesia.html>
- Ocáriz, F. (2016). *La partecipazione dei laici nella missione della Chiesa. Revista de Teología, Tomo LIII(121), 7-26*. Recuperado el 2 de mayo de 2021, de <https://core.ac.uk/download/pdf/83631061.pdf>
- Pablo VI. (10 de mayo de 2021). *Ministeria Quaedam*. Obtenido de Vatican.va: [http://www.vatican.va/content/paul-vi/es/motu\\_proprio/documents/hf\\_p-vi\\_motu-proprio\\_19720815\\_ministeria-quaedam.html](http://www.vatican.va/content/paul-vi/es/motu_proprio/documents/hf_p-vi_motu-proprio_19720815_ministeria-quaedam.html)
- Parra, F. (2009). Teología del Cuerpo Místico, Comunión de los Santos y pensamiento social en San Alberto Hurtado: La influencia de Émile Mersch y Karl Adam. (SciELO, Ed.) *Teología y vida, 50(4), 797-835*. Recuperado el 10 de abril de 2021, de [https://scielo.conicyt.cl/scielo.php?pid=S0049-34492009000300005&script=sci\\_arttext](https://scielo.conicyt.cl/scielo.php?pid=S0049-34492009000300005&script=sci_arttext)
- Pellitero, R. (21 de marzo de 2015). *Scripta Theologica*. Recuperado de: <https://doi.org/10.15581/006.47.2.483-506>
- Pellitero, R. (21 de noviembre de 2019). Formación de los laicos, desde el corazón de la Iglesia. (U. de Navarra, Ed.) *Facultad de Teología*. Recuperado el 13 de abril de 2021, de <https://www.unav.edu/web/facultad-de-teologia/detalle-opinion2/2019/11/21/formacion-de-los-laicos-desde-el-corazon-de-la->

iglesia?articleId=24613354#:~:text=Francisco%20se%20C3%B1al%C3%B3%20la%20necesidad%20en,contando%20tambi%C3%A9n%20con%20otros%20laicos.

Pié-Ninot, S. (2006). Las Cuatro Constituciones del Concilio Vaticano II. *Revista Comillas*, 81(317), 267-296. Obtenido de <https://revistas.comillas.edu/index.php/estudioseclesiacos/article/download/9536/8961>

Ranher, K. (1965). *Para una teología del símbolo*. Madrid: Taurus Ediciones.

Ratzinger, J. (1972). *El nuevo Pueblo de Dios, esquemas para una eclesiología*. Barcelona (España): Herder.

Reporters, S. (14 de abril de 2015). El Papa: la vocación cristiana es una llamada de amor. *Zenit*. Recuperado el 10 de abril de 2021, de <https://es.zenit.org/2015/04/14/el-papa-la-vocacion-cristiana-es-una-llamada-de-amor/>

Río, P. (2017). Los fieles laicos, Iglesia en la entraña del mundo. Reflexión teológica. *Scripta Theologica*, 49(1), 428pp. Recuperado el 29 de abril de 2021, de <https://revistas.unav.edu/index.php/scripta-theologica/article/view/8903>

Rocca, A. V. (2008). Zygmunt Bauman: Modernidad líquida y fragilidad humana. (U. C. Madrid, Ed.) *Nómadas*, 8. Recuperado el 12 de agosto de 2021, de <https://revistas.ucm.es/index.php/NOMA/article/download/NOMA0808320309A/26351>

Scannone, J. C. (15 de marzo de 2014). Papa Francesco e la Teologia del popolo. *La civiltà cattolica*, 1(3930), 571 - 590. Recuperado el 5 de enero de 2021, de <https://www.laciviltacattolica.it/articolo/papa-francesco-e-la-teologia-del-popolo/>

Silva, S. (2001). La noción de historia en las encíclicas de. (Scielo, Ed.) *Teología y vida*, 42(3). Recuperado el 11 de marzo de 2021, de Juan Pablo II y su continuidad con el Vaticano II: [https://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S0049-34492001000300004](https://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0049-34492001000300004)

Spadaro, A. (2014). Obtenido de <https://elibro.net/es/ereader/usta/113826?page=30>.

Spadaro, A. (2014). *Ciberteología: pensar el cristianismo en tiempos de la red*. (E. Herder., Editor)

Obtenido de <https://elibro.net/es/ereader/usta/45759?page=124>.

Tamayo, J. J. (14 de mayo de 2020). *Redes Cristianas*. Recuperado el 31 de agosto de 2021, de

<http://www.redescristianas.net/hacia-una-mistica-de-ojos-abiertos-corazon-solidario-y-amor-politicamente-eficaz-ijuan-jose-tamayo/>

Vaticano, R. (22 de marzo de 2014). *Papa Francisco: el clericalismo es uno de los males de la*

*Iglesia*. (Aleteia, Editor) Recuperado el 24 de noviembre de 2020, de <https://es.aleteia.org/2014/03/22/papa-francisco-el-clericalismo-es-uno-de-los-males-de-la-iglesia/>

VI, P. (21 de noviembre de 1964). *Constitución Dogmática Lumen Gentium*. (Vatican.va, Editor)

Recuperado el 3 de abril de 2021, de [http://www.vatican.va/archive/hist\\_councils/ii\\_vatican\\_council/documents/vat-ii\\_const\\_19641121\\_lumen-gentium\\_sp.html](http://www.vatican.va/archive/hist_councils/ii_vatican_council/documents/vat-ii_const_19641121_lumen-gentium_sp.html)

VI, P. (1965). *Decreto Apostolicam Actuositatem*. Roma: Libreria Editrice Vaticana. Recuperado

el 23 de abril de 2021, de [http://www.vatican.va/archive/hist\\_councils/ii\\_vatican\\_council/documents/vat-ii\\_decree\\_19651118\\_apostolicam-actuositatem\\_sp.html#](http://www.vatican.va/archive/hist_councils/ii_vatican_council/documents/vat-ii_decree_19651118_apostolicam-actuositatem_sp.html#)

VI, P. (1975). *Exhortación Apostólica sobre la Evangelización Evangelii Nuntiandi*. Obtenido de

Vatican.va: [http://www.vatican.va/content/paul-vi/es/apost\\_exhortations/documents/hf\\_p-vi\\_exh\\_19751208\\_evangelii-nuntiandi.html](http://www.vatican.va/content/paul-vi/es/apost_exhortations/documents/hf_p-vi_exh_19751208_evangelii-nuntiandi.html)

Villar, J. (2015). *Laicos Diccionario teológico del Concilio Vaticano*. Pamplona: Eunsa.

Recuperado el 30 de abril de 2021

XI, P. (31 de diciembre de 1922). *UBI ARCANO DEI CONSILIO*. (L. E. Vaticana, Editor)

Recuperado el 25 de abril de 2021, de Vatican.va: [https://www.vatican.va/content/pius-xi/en/encyclicals/documents/hf\\_p-xi\\_enc\\_19221223\\_ubi-arcano-dei-consilio.pdf](https://www.vatican.va/content/pius-xi/en/encyclicals/documents/hf_p-xi_enc_19221223_ubi-arcano-dei-consilio.pdf)